5440

"AMICHATIS" Y MONTERO

LA HIJA DE NADIE

(LA BORDA)

HISTORIA DE UNA MUJER DEL ARROYO

DRAMA POPULAR EN TRES ACTOS
Y DIEZ CUADROS

TRADUCIDO DEL CATALAN Y LLEVADO
A LA VIDA MADRILEÑA POR

CEFERINO R. AVECILLA

22

BARCELONA
PUBLICACIONES RAFOLS
Paseo de Gracia, 119

Esta obra fué estrena el día 11 de Abril de 1923 en el TEATRO CERVANTES de Madrid por la Compañía dramática de **Don Miguel Muñoz,** encargándose de los principales personajes las actrices **Marta Grau,** Carmen Muñoz, María Camino Garrigó, María Melgarejo, Contreras, Torres, Esquer, María Palomo de Alcon y los actores Sres. **Manuel F. de la Somera,** Manuel Galiano, Antonio Alcon, José Contreras, Esquer, Enrique Gil, etc.

Es propiedad de sus autores. Reservados los derechos de traducción y representación. Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

La escena representa una alcoba muy elegante del hotelito de Paloma en un barrio moderno de Madrid. En el centro, una cama amplia. A los pies de la cama, una «chaisse longue». En un rincón un secreter. Sobre una mesa de noche, una cajita de guardar joyas. En el foro, una ventana. En el segundo término, la puerta del cuarto de baño. A la derecha, otra puerta: es la del ropero que conduce además a las habitaciones interiores. Un gran pantallón de seda pende del techo; pero no hay más luz encendida que la de una pequeña lámpara colocada en cualquier parte y que apenas alumbra.

Por eso al alzarse el telón, se adivina más que se ve a Paloma dormida en el lecho. Son las tres de la madrugada. Hace una noche horrible. Silba el viento y la lluvia azota las vidrieras. El resplandor de los relámpagos es perfectamente visible a través de las rendijas de los postigos cerrados.

Una pausa larga. Ahulla un perro implacablemente. Paloma medio dormida se revuelve entre las ropas de la cama como inquieta. Y rezonga: «¡Qué noche!... Dichoso perro!...

Otra pausa. Repentinamente se abre la ventana como si la hubiese empujado el viento. Paloma despierta; da un grito; se incorpora... Luego ladeando busca la llave de la luz o el botón del timbre; pero, desorientada, no da con ellos. Va después a cerrar la vidriera y un vivísimo relámpago la deslumbra. Un hombre aparece acaballado en el alféizar de la ventana. Es *El Mingo,* ladrón de siniestra catadura que sorprendido por el encuentro no acierta a hablar ni a moverse. Y balbucea: «Me cag...» Se abalanza luego sobre Paloma, que se defiende y grita: «¡María!»

607524

El Mingo ahoga el grito tapándola la boca. Ella intenta en vano desasirse. La lucha dura unos momentos. Al fin él la sujeta como puede, saca un cuchillo y en silencio lo hunde en el cuello de Paloma que cae ensangrentada y muere sin un grito. Un relámpago ilumina la escena. A su luz ve *El Mingo* el secreter. Con una gran serenidad saca una linterna sorda. Cierra con llave la puerta de la derecha y los postigos de la ventana. Descerraja el secreter con el cuchillo y saca de su fondo alhajas, dinero... Después vacía la caja de las joyas que está sobre una de las mesas de noche. Al cruzar la escena, desembaraza el paso del cuerpo de su víctima, dándole con el pie.

Envuelve lo robado en un pañuelo, abre la ventana, dice en voz baja : «¡ Encarna !», y deja caer el paquete a la calle. Luego vuelve hacia el secreter, pero tropieza con una silla que cae sobre la puerta de la derecha. *El Mingo,* sobresaltado ya corre hacia la ventana, que bate movida por el viento. En este punto se oye dentro la voz de la doncella que dice : «¡ Señorita ! Señorita ! ¿ Quiere usted algo? Abra usted !» *El Mingo* huye descolgándose por la ventana, y en su azoramiento tropieza, cae... La doncella sigue gritando ya horrorizada. De fuera llega un gran rumor y algunas palabras. Una voz grita : «¡ Ladrones !» Otra voz pide auxilio. Más gritos. Dos disparos. Ladra un perro.

Y se hace la obscuridad absoluta.

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

En la Comisaría. El despacho del comisario

(El comisario interroga a la Encarna. La Encarna es una mujer joven pero prematuramente vieja y desfiguradísima por el vicio, los sufrimientos y las depravaciones. Gime en los abismos de la prostitución ínfima. Viste como corresponde a su baja condición, pero con algún detalle de pintoresca coquetería, que es como huella de sus pasados esplendores. Su cara sería bonita si no la desfigurase una cicatriz que se la cruza. El comisario es un buen hombre sencillamente).

COM. ¿De manera que tú no sabes nada?
ENC. No, señor. ¡Qué voy a saber!
COM. Pues a ti te han encontrado por aquellos andurriales.
ENC. Casualidades que hay.
COM. ¿Y qué hacías tú por allí?
ENC. ¡Usted verá!
COM. Te digo que qué hacías.
ENC. Hacía... Pues mi oficio...
COM. ¿Pero con aquella noche y a aquellas horas?
ENC. A lo mejor es cuando una trabaja más.
COM. ¿Es que vives por aquellos barrios?
ENC. Yo, no, señor.
COM. ¿Dónde vives?
ENC. Por la Cava...
COM. Pues si que eran tus barrios.
ENC. Es que... Verá usted...
COM. Di.
ENC. Es que... *(Pausa.)*
COM. Bien. Por la Cava... ¿Pero en qué calle?
ENC. Eso...
COM. ¿No tienes domicilio?
ENC. ¡Hombre! Como tener... Ahora estoy en casa la Paula, la Coja...
COM. ¿Y desde cuándo?
ENC. Desde que salí de San Juan de Dios.
COM. ¿Y antes?

ENC. Antes... También estaba allí.

COM. ¿No tienes parientes?

ENC. No, señor; yo soy inclusera.

COM. Y hombre, ¿no tienes tú hombre?

ENC. No, señor.

COM. Bien. ¿De modo que dices que tú no conoces al detenido?

ENC. No le conozco, no, señor.

COM. ¿Y entonces por qué ese hombre decía con tanto interés: «¿Le harán algo a ella?»

ENC. ¡Qué! *(A punto de descubrirse.)*

COM. Y por eso... Y como los agentes te han encontrado por allá creí que tú eras su mujer.

ENC. Pues no, señor.

COM. Ya, ya lo veo... Pero que en toda esta historia anda una mujer, ¡qué duda cabe! La encontraremos, la traeremos aquí y puede que lo que ella nos diga atenúe el crimen de ese hombre. Si no mal se va a ver.

ENC. ¿Mal? Quiere decirse que...

COM. Quiere decirse que si no le dan garrote cerca le va a andar. Pero ¡bah! Puede que esa mujer de que él habla le salve la vida. Según lo que declare. Ahora, que si los jueces os conocieran como yo os conozco, poco caso iban a hacer de vosotras.

ENC. ¿Y eso por qué, señor?

COM. Porque vosotras sois capaces de perderos por salvar a vuestro hombre. Si las hay que se echan encima las culpas ajenas. Pero a mí no me engañan como al juez. Ahora que como después de todo el juez es el que dispone... Llegáis, mentís y el hombre a la calle y la mujer unos cuantos años a la sombra y sanseacabó. Pocos años naturalmente. Porque como los jurados siempre con vosotras se ablandan mucho... que si fué una venganza... que si una riña... que si cosas de mujeres... que si un arrebato... ¡Atenuantes! Luego ya en la galera, que si un indulto por aquí, y un otro indulto y otro... Y ya estás cumplida! ¡Y la libertad! Y tu hombre que te busca otra vez porque no se ha olvidado de que le salvaste de la horca! Y una pobre mujer que encuentra en los últimos años de su vida lo que no había encontrado hasta entonces; un cariño verdadero, desinteresado y grande.

Transición

Ves tu? Es que hablo yo de un modo... A ti que te importa todo esto, mujer! Anda. Puedes marcharte. Vete ya.

(La Encarna, que mientras el comisario estuvo hablando hizo grandes esfuerzos para disimular el raro efecto de aquellas palabras, que le sugieren una idea sal-

vadora. se incorpora y va lentamente hacia la puerta. Pero ya a punto de salir da suelta a un gran sollozo que es como un grito de su terrible lucha íntima y queda vencida frente a la mirada del comisario.)

ENC. Perdón !

COM. *(Con fingida indiferencia.)*
¿Qué te pasa, mujer?

ENC. Me pasa...

COM. Te has conmovido, verdad? Es que sois tan sensibles todas !

ENC. No señor, no es eso. Es que ese hombre es inocente ! Es que soy yo quien la ha matado !

COM. ¿Qué dices?

ENC. El me acompañaba, sí, señor, pero como saber a lo que iba yo, no lo sabía.

COM. ¡Hola ! Explícame eso...

ENC. Pues que yo iba a robarla ; pero na más que a robarla... Ahora, que la mujer se despertó y yo me vi perdida y me he cegao y ni se lo que he hecho.

COM. Pero el cuchillo era de él.

ENC. Es que el pobre me lo dió, pa descerrajar lo que hubiera que descerrajar.

COM. Pues entonces, que ibas a robarla sí que lo sabía.

ENC. ¡No ! ¡No ! El no lo sabía ! El no sabía nada ! El no ha hecho nada ! Soy yo quien lo ha hecho todo ! Soy yo quien tiene la culpa de todo !

COM. ¿Y tú por qué ibas a hacer eso si de seguro que ni siquiera la conoces? ¡Vamos !

ENC. Sí que la conocía. Y la envidiaba. Porque ella iba por el mundo cubierta de joyas ; y yo voy llena de miseria.

COM. Es que también hay clases entre las perdidas ! Ella era una mujer de postín. Y tu...

ENC. Yo también lo he sido, señor comisario ! De más postín que ella !

COM. ¿Tú?

ENC. Si. Yo. Y no hace tantos años. Pero de mucho postín. Hasta que me cortó la cara aquel señorito ! Mala puñalá le den !

COM. ¿Quién te cortó a ti la cara?

ENC. A mí... El Marquesito...

COM. Pero cómo ! ¿Entonces es que tú eres...?

ENC. La Españolita, sí, señor.

COM. ¡Pero tú la Españolita ! ¿La de París?

ENC. Esa.

COM. ¡La Españolita ! ¡Tú la mujer por la que los hombres se mataban !

ENC. Pa presumir. Pa lucirse. Por mi, lo que se dice por mí, no.

COM. ¡ Pero mujer ! ¡ Pobre ! ¡ Cómo has venido a derrumbarte así, tan hondo ! ¡ Rodando con un ladrón !

ENC. ¡ No es un ladrón !

COM. Sí, mujer. Si le conozco mucho. Es un asco de hombre.

ENC. Pa mí no.

COM. ¿Cómo has escogido tan mal, mujer?

ENC. Es que ninguno más que éste ha pasado fatigas por mí. Entre todos los otros me hicieron ir rodando a puntapiés hasta esta basura donde estoy ahora. Este no. Si el golpe sale bien, nadie hubiera vuelto a hablar de Encarna La Inclusera.

ENC. De La Españolita .

ENC. ¡ Eso de La Españolita pasó y allá cuidaos ! Ahora soy la Encarna. Un pingajo.

COM. Y una mala mujer ; que si no fueses una mala mujer, no hubieras matado.

ENC. Yo no la he matao, yo no soy mala ! Pero es que no me sale que él se pierda ! No le pierdan ustedes ! Es el único hombre que me ha querido ! ¡ Y cuándo ! Cuando soy lo que soy, que hay que cogerla a una con unas tenazas ! Los otros sí que eran malos ! Todos los otros ! El primero... El primero era un bicho de cuidao... Un viejo que, vaya viejo ! Lo que se dice una basura. Mala muerte tuvo, pero anda, que se la ha ganao bien ! Yo no soy mala, no señor ! Que va ! Y debía una serlo !

(Llora tremendamente).

COM. Cálmate un poco, mujer. Basta. Estáte tranquila y dime... ¡ Ea ! Cuéntame tu historia, mujer. Quién sabe si así te podremos salvar... A ver...

(Pausa.)

ENC. Yo, soy inclusera. Desde la Inclusa me llevaron al Hospicio. Allí me hice mujer. Salí del Hospicio para ponerme a servir en Torrejón, en casa de unos viejos, gente rica, de esa que protege mucho a las monjas. Un día fueron al Hospicio...

(Se hace la obscuridad en lo que se funden las palabras de Encarna, ya durante la obscuridad lo cuenta.)

CUADRO TERCERO

UN CLAUSTRO DEL HOSPICIO

La Hermana de la Caridad. — El señor Lorenzo. — La señora Plácida.

PLA. Sí, Hermana, sí; el servicio está que es cosa perdida.

HER. Nosotras, claro que no sabemos nada de lo que sucede por el mundo; pero las oímos a ustedes y nos damos cuenta.

LOR. Y antes esas cosas pasaban en Madrid y nada más que en Madrid. Pero hoy!... Hoy hasta a los pueblos extiende la inmoralidad sus garras de la que Dios nos libre.

PLA. Y por eso nos hemos dicho: Pues al Hospicio por una chica, que allí nos quieren bien y nos la darán trabajadora, honesta y temerosa de Dios.

HER. Como aquí son todas. Nuestro deber es educarlas en esos principios, para que cuando salgan por el mundo a ponerse a servir o a casarse, que algunas salen también para casarse, no desacrediten nuestra santa Casa.

LOR. Yo lo que quiero es que sea sana, que sea robusta... ya sabe usted que las hay enfermas... desmedradillas... ¡Poquita cosa, vamos! A lo mejor como son hijas de Dios sabe que gente llena de lacras...

HER. ¡Claro es que aquí nos traen chicas que Dios nos ampare! dicho sea sin faltar a la Caridad... Unas que los padres no pueden mantener; otras abandonadas. Y muchas incluseras. Muchas. Y hay que ir corrigiendo los resabios, siempre... ¡Las pobres!

PLA. Yo las compadezco a ustedes, la verdad. ¡Porque hace falta una paciencia!...

HER. Dios nos dará nuestro premio.

LOR. Y los hombres creyentes y honrados como yo, aunque me esté mal el decirlo.

HER. Usted hace ya mucho que mira por nosotras, don Lorenzo.

LOR. Hasta ahora menos de lo debido. Pienso hacer mucho

más. Y confío en que algún día podrán leer los visitantes, aquí en una lápida: «Sala de D. Lorenzo Rodríguez, piadoso bienhechor de la Comunidad.»

PLA. No caigas en tentaciones de vanidades. Tú haz el bien y no te ocupes de esos letreros.

HER. Las buenas obras quedan mejor grabadas en los corazones que en piedras ni mármoles.

LOR. Pero la experiencia nos hace saber que la piedra más dura es más agradecida que el corazón más blando.

HER. Eso es cierto por desgracia. Quiero recomendarles a ustedes, no que le den buenos ejemplos porque de sobra que se los ofrecerán, sino que no la recuerden nunca la vergüenza de su origen. Estas pobres criaturas son dignas de compasión. ¡Qué culpa tienen ellas!

LOR. ¡Por supuesto!

PLA. Será para nosotros como una hija.

LOR. Ya que Dios no nos ha dado hijos...

PLA. Y él sabrá por qué...

LOR. Sobre que el ser hospiciana no es un crimen ni una vergüenza. Del Hospicio han salido grandes hombres; grandes artistas... ¡hasta toreros! Quién sabe lo que Dios destina a cada criatura.

HER. Y si algún día tienen ustedes queja de la muchacha, nos lo dicen. Para estas chicas, son sagradas nuestras amonestaciones.

PLA. ¿Las quieren a ustedes mucho, verdad?

HER. Hacen lo que pueden las infelices. Pero son más cariñosos los chicos. ¿Es raro, verdad? Pues así es.

LOR. Si pudiéramos verlas ya. Porque queremos volvernos hoy mismo a Torrejón.

HER. Enseguidita. Ya he dicho que las traigan por aquí. Ustedes las ven pasar y escogen.

LOR. ¡Ah! ¿podemos escoger?

HER. Claro que discretamente; sin hacer visibles preferencias. No es que las pobres tengan vanidad; pero el amor propio... Luego si a ella le parece bien se va con ustedes y se acabó.

PLA. ¿Y no dirán nada las otras?

HER. ¿Qué quiere que digan?

LOR. Es que como allá en Torrejón estamos hechos a la lucha con los Sindicatos. Pero aquí no se han sindicado todavía por lo visto.

(Suena dentro una campana.)

HER. Ya vienen. Van a la Capilla.

(Cruzan la escena las asiladas con unas monjas. Pausa.)

PLA. ¡Pobres! ¡Parece un rebaño! ¡Que lástima!

HER. ¿Cuál de ellas les ha parecido mejor?

PLA. Qué más da una que otra. La que usted quiera. Yo no podría escoger. ¡Pobres chicas!

LOR. Aquella. La segunda.

(Indica a una de ellas, dentro. La hermana de la Caridad y la señora Plácida miran.)

HER. ¿Aquella?

LOR. Sí. Aquella está muy bien.

PLA. ¡Lorenzo!

LOR. Parece muy sanota. Y tiene muy buena pinta.

HER. Es muy buena, sí, señor. Recatadita, humilde, trabajadora... Como espavilada no es muy espavilada; por lo mismo que es tan inocente.

LOR. Mejor. Mucho mejor. Pues esa.

PLA. ¿Tiene familia?

HER. No señora. Es de la Inclusa. Y no la ha reclamado nadie. Desde la Inclusa vino al Hospicio. Conocerá el mundo si se decide a marchar con ustedes; pero aún no lo ha visto.

PLA. ¡Pobrecita! Si me parece que ya la quiero! Llámela usted, hermana.

HER. ¡Encarnación! ¡Encarnación!

(Pausa. Entra Encarnación.)

ENC. Servidora...

(Encarnación, naturalmente que es la misma que declara ante el Comisario y cuya historia constituye este drama. Ahora es una mujercita de diez y ocho años. Guapa, robusta, pero marchitada por el ambiente del Hospicio. Tiene los ojos malos y un aire humilde, quizá un poco hipócrita. Está deseando volar fuera de allí, pero ha aprendido a no dejarlo ver.)

HER. Estos señores que son muy buenos y que nos protegen mucho, quieren hacerte el favor de llevarte a su casa, si tu quieres.

ENC. Yo... Sor... La verdad... Me han tratado tan bien siempre, vuestras caridades... Es tan buena vuestra caridad.

HER. Y esta señora también es muy buena... Y este señor. Estarás con ellos como si fueses de su familia. No tienen hijos...

ENC. Pero... ¿Es que van a prohijarme?

PLA. Pues mira, si tu te portas bien...

LOR. Por de pronto vendrás de criada.

ENC. ¡Ya decía yo!

HER. ¿Ven ustedes que inocente es la pobre?

LOR. Háblala tu. Convéncela.

PLA. Mira hija mía... El trabajo no va a matarte. Somos los dos solos. La otra que hace ya muchos años que está

en casa te enseñará lo que tu no sepas. Y siempre es bueno que te vayas ganando la vida en vez de estar aquí hasta sabe Dios cuando.

LOR. Y muy considerada y con personas que te querrán bien. Lo que se dice como una reina.

(Aparte.)

(No está mal esta chica.)

ENC. Yo... Si su caridad me lo aconseja...

HER. Aconsejarte no. Si el corazón te dice que te quedes quédate ; pero ya sabes la vida que te espera aquí. Si es que no quieres conocer el mundo ni las tentaciones del mundo, no te vayas y sigue ayudando a tus hermanitas. Pero si quieres hacerte una mujer y un hogar, vete. A Dios se le sirve en todas partes.

ENC. ¿Y si me marcho no creerá su caridad que soy una desagradecida?

HER. No mujer, no ; que no eres la única que te vas. Y si no te marchases quizás sí que serías la única que se quedara pudiendo irse.

ENC. Entonces...

PLA. Pero si en nuestra casa, vas a estar tan bien como aquí, hija mía.

LOR. ¡ Pues ya lo creo !

ENC. Entonces... Ya que ustedes me quieren llevar y ya que a la Sor le parece bien, pues... pues me iré con ustedes.

HER. Consérvate digna de la protección de tus señores. No te dejes contaminar del pecado. Recuerda siempre lo humilde de tu condición, pero no para avergonzarte. Porque ni el ser hospiciana es una vergüenza, ni el ser de la Inclusa es un crimen. Haz que por tus virtudes, perdone Dios a quienes cometieron el pecado de traerte a la vida sin nombre, sin padres, sin buenos ejemplos. Haz que nosotras, no nos tengamos que avergonzar de llamarte hija. Vete y sé buena. No hay tantas mujeres buenas en el mundo que a Dios le estorbe el que haya una más.

ENC. Muchas gracias... Muchas gracias. ¿Podré despedirme de la madre y de mis hermanitas?

HER. Ahora mismo Encarnación.

PLA. ¡ Pobre criatura ! ¡ Es que me has hecho llorar !

(Abraza a Encarnación, que llora.)

LOR. ¡ No llores tonta ! Mira que se te van a poner los ojos peor.

HER. Cuando ustedes quieran.

(Invitándolos a pasar.)

PLA. ¡ Vamos, vamos !

LOR. (Esta chiquita bien arreglada... porque lo de los ojillos con unos trapos de ácido bórico...)

(Se hace la obscuridad. Mutación.)

CUADRO CUARTO

La alcoba matrimonial del señor Lorenzo y de la señora Plácida, en Torrejón.

(Al comenzar la acción, Encarna termina de hacer la cama y de arreglar la alcoba. Viste modestamente, como corresponde a una criada de pueblo. Muy limpia y muy resuelta, parece otra mujer que en el Hospicio. Mientras trabaja, canturrea. Pausa. Entra el Mingo, criado también de la casa y cochero además.)

MIN. ¿Quieres que te ayude, galana?

ENC. No.

MIN. Ya sabes tu que puedes mandarme.

ENC. Se estima.

MIN. ¡Hay que ver lo que eres! ¡Mira pa cá, mujer!

ENC. No se acerque usted a mí.

MIN. ¡Amos chica!

ENC. ¡Que no se acerque usted a mí o se lo cuento a los señores! ¡Se lo he dicho a usted ya!

MIN Mia tu esta boba! ¡Pero si va a tener que ser, chica! Si tu y yo... Bueno... Ya sabes lo que quiero decirte.

ENC. Ni lo sé, ni me importa.

MIN. Si tu y yo...

ENC. ¡Que no se acerque usted a mí!

MIN. ¡Amos, que es la primera vez que me pasa a mí esto! ¡Y no es que vaya a ponerme tonto; pero que es la primera vez! ¿Todas, te enteras? pero que todas las que han pasado por esta casa de seis años pa acá, ¡cayeron, galana! Y es que tu no te has fijao bien. ¡Mírame a los ojos, chica, pa ver si te matan ya!

ENC. ¡Que me haga usted el favor, Mingo!

MIN. Pues eso...

ENC. Déjeme usted. ¡Que es que no quiero ni oirle a usted vaya!

MIN. Pues vas a tener que oirme como sea. Porque me has entrao por el ojito derecho, galana! Y como lo que tie que ser, tie que ser... Que vengas pa aquí te digo!

ENC. ¡Déjeme usted, o llamo!

MIN. Chillidos, no; por las buenas, moza!

ENC. ¡A que se lo digo al ama!

MIN. Sermones tampoco.

ENC. ¡O al amo!

MIN. Peor. Como se lo digas al amo... El amo está hecho a que yo me aproveche de sus sobras na más y...

ENC. ¡Cállese usted!

MIN. ¡Si lo sabré yo! No sería ni la primera ni la segunda... ¡Si lo sabré yo!... Mira, guapa: yo entré aquí pa el coche; pero un día de esto, otro día de lo otro, que me fuí haciendo cargo de muchas cosas. Y ahora lo soy todo, cochero, criado y lo que yo me sé. ¡Mia tú si Mingo hablara!

ENC. ¡Hablar! Hablar mal de los amos es lo que no debe usted hacer como lo está usted haciendo, ni yo debo escucharle, ea!

MIN. Mia que eres boba, chica.

ENC. ¿Yo? No sé...

MIN. Ya me lo dirás dentro de poco... Ahora todavía no. Total en dos semanas que llevas aquí.

ENC. ¿En dos semanas qué?

MIN. Que pue que el amo no te haiga dicho entavía ni que le gustas tan siquiera.

ENC. ¡Cállese usted! ¿El amo cómo va a decirme a mí eso?

MIN. Mira, moza; tú hazme caso a mí; cuando te mire mucho, escápate de él; y cuando veas que se le estravía un ojo, y cuando te diga que va a regalarte una medalla... Cuando te llame paloma... ¡Cuando te llame paloma ya estás aviá!

ENC. Como que voy a creerme yo eso.

MIN. Yo ya te he avisao, chica. Ahora allá tú.

ENC. Si supiera el amo lo que está usted diciendo.

MIN. Anda, tú échate tus cuentas y cuando te llegue tu hora, a ver si te acuerdas de mí. Si puede ser antes mejor; y si es después, paciencia, que desde que ando por aquí lo que tengo lo tengo de segunda mano siempre. Y nada más.

ENC. Si yo supiera que eso que usted me dice, es como usted lo dice...

MIN. ¿Qué?

ENC. ¿Qué? Que en cuanto mañana amaneciese Dios me volvería al Hospicio.

MIN. ¡Ya! Tu quieres ser una chica decente, ¿no?

ENC. Claro que lo quiero ser.

MIN. Pero es que las cosas no nos salen como nosotros queremos que nos salgan. Mia tú si bastase con querer! Pero ¿y cuando no se puede?

ENC. Pues se hace que se pueda, y cállese ya. ¡Que me asusta usted! ¡Me asusta usted!

(Sale la señora Plácida).

PLA. ¿Por qué la asusta usted? ¿Es que no sabe usted que no quiero bromas ni libertades aquí?

MIN. Ya... Pero si no era nada... Que la estaba contando un cuento de ladrones...

PLA. Pues no quiero cuentos ni conversación. Mi casa es una casa muy seria. Y aquí, ¿oyes, tú, Encarna?, aquí nada de noviazgos ni de trapacerías ni de cosa que se le parezca.

ENC. Si no era eso, señora ama.

PLA. Y sanseacabó. Que yo no vuelva a encontrarte hablando ni con éste ni con otro.

MIN. Pero, señora ama... Si la chica no hacía nada malo. Si ni tan siquiera quiso escucharme el cuento...

PLA. ¿Y usted no lo sabe ya de antes de ahora? El palique en la cuadra con las caballerías.

MIN. Como a lo mejor le llama a uno el amo...

PLA. Pues con el amo. Y ya le he dicho a usted que sanseacabó.

MIN. Está bien, señora ama. Charlaré nada más que con el amo y con las caballerías.

PLA. Ande usted de ahí, bestia!

MIN. Señora ama...

PLA. Y avise usted al amo.

MIN. No va a poder subir. Está en la sala con el *rúma*. Ni se mueve.

PLA. Usted dígale que suba y a callar. Y si no puede solo le ayuda usted.

MIN. Voy. Y usted disimule si es que he faltao. Mi idea no ha sido mala. Y es que uno cuando no puede charlar más que con las caballerías, pues que uno no sabe ni tanto así de nada... *(Sale.)*

PLA. ¡Te digo!... Que como es la primera vez que he tenido que decirte lo que te he dicho, pues que estoy yo no sé cómo... A ver si no pasa más.

ENC. Yo no sé, señora ama. Pero me parece que conducta, la tengo. Cumplo la obligación como es debido y voy viviendo en el santo temor de Dios como es debido, que no me se olvida lo que me han enseñado.

PLA. Y así debe ser.

ENC. Y la estimo a usted que me regañe, señora ama, porque así una va sabiendo lo que debe saber una.

PLA. Eso. Así me gusta a mí; humilde. Ya se ve que tienes buen corazón. Eso. Hay que respetar a los superiores y a quienes te queremos bien y procuramos por ti.

ENC. Sí, señora ama.

PLA. ¿Que te hablan los hombres? Pues cierras los oídos. Porque como eres una mocosa, y así de inocente, no sabes todavía los riesgos que andan rondándote. Cada hombre es un peligro. Húyelos, moza, como si fuesen diablos.

ENC. Pues claro que los huiré, señora ama. Porque yo no quiero más si no servir a mis amos y obedecer.

PLA. Mira, moza: yo tengo que salir porque hay junta en la Conferencia. Los pobres... La vieja también sale. Va a ver a sus sobrinos. Cuídate tú de la cocina hasta que vuelva, ¿oyes?

ENC. Sí, señora ama, sí...

PLA. Pués andando. Ve ahora a lo tuyo. Eso. Y a no olvidarte de lo que te digo, moza.

ENC. No, señora ama. No...

(Sale. Pausa corta. Llega el señor Lorenzo, que se apoya en el Mingo.)

LOR. ¡Cuidado, hombre! No corras. ¡Ay! ¡Ay! Me valga Dios!

PLA. ¿Es que estás peor, Lorenzo?

LOR. ¿No lo ves? ¡Pero mucho peor!

PLA. ¿Quieres que avisemos al médico?

LOR. ¡No! No quiero médicos. Lo que yo quisiera... Me valga Dios y que Dios me perdone.

PLA. ¡Cálmate! Que más padeció Cristo por nosotros.

LOR. Y por amor de Dios lo sufro sin quejarme. Convendrá.

PLA. ¡Esto es que quiere ponernos a prueba!

LOR. Eso debe ser. Pero aprieta demasiado, Plácida.

MIN. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! *(Ríe.)*

LOR. ¿De qué te ríes? ¿De qué te ríes tú?

PLA. ¡Bueno está el Mingo! Lo que es como tú no le digas algo...

LOR. ¿Pero cómo? ¡Pues eso me faltaba a mí ahora! Justamente estoy de un humor...

MIN. Si no es nada, señor amo. Una broma y nada más que una broma.

LOR. Pues no quiero bromas. Las bromas te los guardas para...

MIN. Para las caballerías. Ya me lo ha dicho la señora ama denantes.

PLA. ¡Si te parece! Aquí asustando a la chica...

MIN. Señor amo, diga usted que ha sido una broma.

LOR. ¡A callarse! ¿No te ibas, Plácida?

PLA. Sí que me iba; pero estando tú de esa conformidad, pues se manda a decir que no voy, y Santas Pascuas. Era una junta de las Conferencias. ¡Hay tanto pobre!

LOR. ¡Ca! Vete, vete. Eso es antes que nada. No hay más remedio que sacrificarse por amor al prójimo. Tú vete. Ya me ayudará el Mingo. Me meto en la cama y a ver si puedo descansar un poco.

PLA. Lo que tú digas, Lorenzo.

LOR. ¡Hale! ¡Hale!

(Plácida, aparte a su marido).

PLA. Y nada de inventar historias para que la chica suba.

LOR. ¡Te quieres callar, mujer!

PLA. Es que no me fío, Lorenzo.

LOR. ¡Vamos! ¿Pero no ves cómo estoy?

PLA. Eso no importa.

LOR. Si no puedo moverme, Plácida.

PLA. Eso es verdad. Entonces me voy. Y volveré cuanto antes, ¿me oyes? Tú, Mingo, aquí quieto. Y Dios quiera que no te pongas peor.

MIN. *(Aparte).*
(Mucho Dios y mucho fiarse de la Virgen, pero me deja a mí de centinela).

PLA. Hasta luego, hijo.

LOR. No tardes.
(La señora Plácida se va. Pausa).
¿Ya salió?
(Mingo mira por la ventana).

MIN. Ahora *(Pausa..)*

LOR. Conque... ¿haciendo cucamonas a la chica nueva?

MIN. ¡Ca! ¡No, señor amo! ¡No lo crea usted, señor amo!

LOR. Ayúdame a desnudarme. Tira con mucho tiento de la chaqueta. ¡Ay!

MIN. No chille usted, señor amo.

LOR. Si estoy en un grito.

MIN. ¿Es que también a mí va usted a venirme con cuentos, señor amo?

LOR. No seas bestia. Te digo que me duele.

MIN. Usted disimule, señor amo; pero como uno se tiene olvidao de puro sabido estas artimañas.

LOR. Y yo las tuyas, Mingo. Conque cuidado con decirle a la chica ni tanto así. Es una moza muy honrada. Y muy inocente.

MIN. ¡Y ya tie quien la espabile!

LOR. ¿Quien la espabile?

MIN. Usted, señor amo.

LOR. ¿Te quies callar, Mingo? Si que tienes ganas de broma. ¡Ay! ¡Ay! Tráeme una bayeta caliente. Está en la mesa de noche. Y unas gotas de láudano. Pero si no hay láudano! Coge la receta. También está en la mesa de noche. Y anda a la botica, y que te lo den. Pronto, Mingo, que no puedo más. Y que me suban una tacita de flor de malva. Aprisa, hombre, aprisa.

MIN. Es que la señora ama me ha dicho que no me moviese de aquí, señor amo.

LOR. Ve, Mingo, ve, que no puedo más.

MIN. Es que la vieja se marchó a ver a sus sobrinos y no ha vuelto.

LOR. Pues que me lo suba la chica.

MIN. Señor amo...

LOR. ¡Ay! ¡Ay! ¿Qué pasa?

MIN. ¿Ya la quiere usted espabilar?

LOR. ¡Que no seas bestia, te digo! Y ve por la medicina, que esto me duele horrores.

MIN. Ya voy, señor amo... Y hace usted bien en cuidarse del Hospicio, porra! Que lo llena usted solo.

LOR. ¡Mingo!

(Mingo se va. Una pausa larga. El señor Lorenzo se pone la ropa. Va hacia la puerta y escucha. Ya no le duele nada. Cuando siente que Encarna se aproxima se sienta en un sillón).

ENC. ¿Se puede pasar? *(Dentro.)*

LOR. ¡Ay! ¡Ay!

ENC. ¿Hay permiso?

LOR. Pasa.

(Entra Encarnación).

ENC. Aquí está esto.

(Trae en la mano la taza de flor de malva).

LOR. Gracias, guapetona.

ENC. ¿Dónde se la dejo, señor amo?

LOR. Tráemela tú.

ENC. ¿Yo?

LOR. Tú. Sí. ¡Ay! ¡Es que no puedo ni moverme!

ENC. Pues tenga usted, señor amo.

LOR. Muy bien.

(Clava en Encarna los ojos).

ENC. Cómo me mira...

(Aparte).

LOR. ¡Hala! Ya verás en cuanto esté bueno yo, qué medallita voy a regalarte.

(Se levanta. La toma una mano).

ENC. ¡Señor amo!

LOR. Cállate, tonta...

ENC. ¡Déjeme usted, señor amo!

LOR. ¡No chilles! Tú sé amable, mujer... Tú quiéreme un un poco. Que yo haré tu suerte. Tú ven.

ENC. ¡Me da usted miedo, señor amo!

LOR. ¡Ven! ¡Ven aquí tú!

ENC. ¡Socorro!

LOR. ¡Calla! ¡Calla! ¡No grites! ¡Ven, paloma, ven!

ENC. ¡No! ¡No! ¡No!

LOR. ¡No chilles! ¡Cállate! ¡No chilles! ¡No chilles!

(La coge del cuello. La tapa la boca. La tira sobre la cama. Se hace la obscuridad. Mutación).

CUADRO QUINTO

La estación del ferrocarril de Torrejón

(El Mingo sale hablando con la Paula. La Paula es... Digamos que es una alcahueta para acabar pronto... Va de viaje).

MIN. ¡Si se veía de venir! ¡Si se lo dije a ella! ¡Si sabré yo!... ¡Pues ha pasao esto pocas veces! ¡Como que el amo es un pillo!

PAU. A mí, la verdad, lo que me choca es lo que hace su mujer.

MIN. Eso. Pero se conoce que se ha echao sus cuentas y se ha dicho: Si lo tiene en casa, mejor que fuera está.

PAU. Pero cuando la han despedio, ¿no ha respirao por la herida ese buen hombre?

MIN. ¡Ca! Si no tie entrañas. A él le ha gustao la chica, porque eso sí, vale la pena, la verdad. Y sanseacabó.

PAU. Tampoco tú te has portado muy bien que se diga, Mingo.

MIN. Hombre, yo... Ya le he dicho a usted que la chica vale la pena. Y como no me hacía ni tanto así de caso, pues que la tuve que decir: «O se tira de la manta para todos o no se tira para nadie. Quiere decirse que o dejas de ponerte tonta conmigo o voy y se lo casco todo al ama».

PAU. Es que tú también eres muy castizo.

MIN. ¡Pero vamos, que hay cosas que yo no las hago!

PAU. ¿Y por qué, hombre?

MIN. ¡Usted dirá! A ver si es que se le ha figurao a usted que yo no tengo conciencia. ¡Pues la tengo! ¡Y la chica está en un trance que vaya con Dios!

PAU. ¡Anda éste ahora! ¿Pero tienes la culpa tú?

MIN. ¡Qué va!

PAU. La culpa es del amo y na más que del amo.

MIN. Sí... La culpa pue que sea del amo; pero lo que va a venir, ¿me comprende usted? lo que venga ya sabrá usted figurao que no es del amo; que es mío...

PAU. Eso sí. Anda, que la pobre chica ya está apañada.

MIN. Pues cuando el ama se enteró de la cosa la puso buena. Que si la perdida; que si la hospiciana; que si la criatura iba a ser como la madre... y que me colgaba a mí el mochuelo.

PAU. ¡Y muy bien colgao! ¿No es tuyo? ¡Pues entonces!

MIN. Es que aunque lo sea, a mi meterme en barullos, no. Gracias a que la moza no ha abierto el pico.

PAU. ¡Mira la pobre!

MIN. Lloraba y lloraba y no hizo otra cosa más que llorar y decir que quería morirse. Pero del amo ni de mí, ni pío

PAU. ¡Es que hay que ver! ¡Y el ama no veía que la moza!...

MIN. Natural que lo vería.

PAU. Si tu me hubieras venido a buscar antes... ya sabes tú que sé dar consejos y que sé muchas cosas...

MIN. Pero es que hay cosas a las que uno no se atreve. Y cosas que es más fácil hacerlas que deshacerlas. Y que quien iba a pensar en que el ama tardase más de cinco meses en descubrir el pastel.

PAU. Bueno, a lo nuestro, que es tarde.

MIN. ¡Pues hala!

PAU. Tú lo que quieres—que me entere yo—lo que quieres es que me lleve la chica a Madrid y que la coloque, ¿no es eso?

MIN. ¡Cabal! Aquí, ni puede ser que se quede, ni aunque pudiera ser, querría quedarse ella.

PAU. En eso hace bien la chica.

MIN. Por eso la he mandado a decir a usted que viniese, y en paz. Yo la enchufo con usted, se la lleva usted. La dice usted que la colocará al pelo y en el viaje usted verá cómo se las compone para hacer lo suyo. Eso ya es cosa de usted y usted se apañará como sea, ¡que bien que sabe usted su oficio!

PAU. ¡Hombre! Es que voy a decirte... yo trabajar para mi casa, santo y muy bueno; pero no siendo para mi casa, la verdad...

MIN. ¡Amos! Aquí lo suyo es poner a la Encarna... en condiciones. Luego usted va acostumbrándola a la vida... Y luego arrea usted con ella y al avío.

PAU. ¡Hombre! Es que la cosa... Porque a lo mejor no sale bien y la diña... y andamos todos de cabeza y...

MIN. ¡Ande usted ya! ¡Pues bueno!

PAU. Es que se juega una...

MIN. Pues lo que yo oí un día en la misma casa de usted a un buen hombre: También se jugaban cosas los negreros y se hacían ricos. Toó está igual! Como que lo único que ha cambiado es el color.

PAU. ¡Pues andando! Lo hago porque a ti te aprecio, Mingo, y porque de seguro que tu amo me lo agradecerá y también lo aprecio; que buenos billetes se deja en mi casa y una es agradecida.

MIN. ¡Ole!

PAU. Lo que es que tarda esa chica. Y el tren está al llegar, ¿no?

MIN. Entoavía... Y ahora... Ahora...

PAU. ¿Ahora qué?

MIN. Ahora lo nuestro. Como ya lo tenemos hablado... Y antes de que la Encarna venga...

PAU. ¡Hombre! Negocio... lo que se dice negocio, éste es un mal negocio. Claro que no quita pa que yo te regale cincuenta licurcias y ya vas aviao.

MIN. ¡Amos! ¡Es que también usted!... ¿A que usted se gana en el asunto lo menos dos mil reales?

PAU. Toma tú y calla, que ya vas bien te digo.

(La Paula entrega al Mingo diez duros).

MIN. Los tomo porque yo soy así.

PAU. Y yo te los doy porque también soy así; que no creas.

MIN. ¡La Encarna! Ahueque usted, que la quiero hablar.

PAU. Por aquí ando.

MIN. Eso.

(La seña Paula se va. Pausa. Sale la Encarna con un atillo de ropa. Está un poco marchita; pero ni la vergüenza, ni la deshonra, ni las lágrimas han podido borrar ni su hermosura ni su gentileza. Va apenada. sollozante).

MIN. ¡No llores más, mujer! Que pasa cualquiera y se fijan en ti y es peor. ¡Chica!

ENC. ¡Si es que no puedo! ¡Qué sabes tú!

MIN. ¡Pero que no llores, chica! A ver si vienen a preguntarte cosas los civiles. Y a ver si los civiles te llevan al Hospicio.

ENC. ¡No! ¡Eso no! ¡Eso nunca! ¡Al Hospicio no! ¡Ver la cara a las monjas, no! ¡Qué iban a decirme a mí, que ya soy una perdida!

MIN. Hombre, Encarna, tú que vas a ser eso. Tú eres una moza que ha tenido un percance y nada más. Como muchas que hay. Y tú ya sabes que yo...

ENC. Tú como todos, Mingo. ¡Tú, nada! ¡Tú me desprecias también!

MIN. ¿Yo? ¡Vamos, chica! Si fuera yo el que te hubiese perdido, ya verías tú... Porque yo te quiero.

ENC. ¡Mentiras! Yo sí que había llegado a quererte, Mingo.

MIN. ¡Amos, galana!

ENC. Yo sí. Al principio, no. Al principio no te quise. Pero cómo iba a quererte si en vez de ser dulce conmigo me amenazabas. Después fuí poco a poco creyendo en el cariño tuyo y así hasta que te quise. Porque eras entonces el único que me trataba con cariño. ¡Aquella ama siempre seria! Pero el ama tenía razón. El amo... ¡maldito sea el amo! El amo me tuvo asustada siempre y me eché en los brazos tuyos porque se me había puesto en la cabeza que sólo tú podías salvarme. ¡Pobre de mí! ¡Salvarme! ¡Yo ya no puedo salvarme! ¡Soy una perdida, Mingo!

MIN. ¡Que no, mujer! ¿No te he dicho ya todo lo que vie-

ne al caso? Ahora no puedo dejar esto porque lo que no pue ser no pue ser; pero voy a buscar trabajo y en cuanto encuentre donde, que me largo. Casarme contigo, no, porque no... pero yo seré el padre de lo que venga y ya verás tú!...

ENC. ¡Si eso fuera verdad! ¡Si tú hicieses eso, Mingo! Yo sería para ti como una esclava. Pero no puede ser. Ya sé yo que no puede ser. Ya sé yo que no seré nunca más una mujer honrada. ¡Y mal rayo que parta a ese mal hombre!

MIN. ¡Pero no te pongas así, mujer! Si son las cosas de la vida. Y la vida hay que tomarla como viene. ¿Qué se adelanta con llorar y con renegar?

ENC. ¡Ay, Mingo!

MIN. Ven... ¿No te dije que hablaría yo a una señora que tiene en Madrid muchos conocimientos y mucha mano para que te busque donde trabajar?

ENC. ¿Y la hablaste, Mingo?

MIN. ¡A ver! Mira. Tu te vas con ella, que si a ella se le pone en el moño, te coloca escapao.

ENC. Bueno...

MIN. ¿Llevas cuartos?

ENC. Tengo cuatro duros.

MIN. ¿Pero no te ha dado dinero el amo?

ENC. No. Ni yo se lo hubiese querido.

MIN. Eso está bien. Hay que tener vergüenza. Del amo ni esto. Pero de mí es diferente. Toma dos duros. Cuando tú te ganes la vida, ya me los devolverás.

(Y Mingo da a Encarna dos duros de los diez que a él le dió la Paula).

ENC. Gracias, Mingo.

MIN. ¡Y ahora de arrea! Sécate los ojos. Y se acabaron las lágrimas. Que no llores más, mujer. Que la gente piensa con el diablo y vete tú a saber lo que puen pensar.

ENC. Hay que ser valiente. Sí, señor. Y llevar con una la desgracia de una, mientras una pueda... Sí, señor. Ya te escribiré, Mingo. Y a ver si me contestas, que me da el corazón que no nos vamos a ver nunca más.

MIN. Mia que eres boba.

ENC. Adiós, Mingo.

MIN. ¿Pero... así? ¿Nos despedimos así?

ENC. Tu verás.

MIN. Si no hay nadie, mujer; dame na más un abrazo y un beso y hasta que Dios quiera.

ENC. Adiós, Mingo. Hasta que Dios quiera.

MIN. Aguarda, mujer. Si entoavía, galana, tie que venir la señora esa que es buenísima. Como si te fueras con tu madre.

ENC. ¡Ay, madre! ¡Madre! ¡Qué tristeza no saber lo que es una madre! ¿Sabré serlo yo, Mingo? ¡Ay, mozo,

que suerte mi suerte!

MIN. No te pongas así... que es que me metes el corazón en un puño.

(Sale la señora Paula).

PAU. Dispensa, Mingo; pero es que faltan cinco minutos. ¿Es ésta la chica?

MIN. Sí, señora. A ver lo que hace usted por ella.

PAU. Es muy simpática. Parece paradita la pobre; pero ya se espabilará.

MIN. Ya le he dicho aquí, a la señora, lo que te ha pasao... conque... es de mucha confianza... que vas con ella como si fueras conmigo.

PAU. Andando, que luego se llenan los coches y a ti te conviene coger ventanilla y en tu estado es malísimo sofocarse. Ya llevo yo aquí agua fresca y aguardiente de guindas por si acaso.

MIN. ¡Hay que ver! Es que está en todo.

ENC. Yo soy muy recia... y sé sufrir y callarme. No hay prisa.

PAU. *(Al Mingo).*

Esta grulla es una romántica. Mejor.

MIN. A ver si la encuentra usted pronto donde colocarse.

PAU. Lo que es por mí no ha de quedar. Como ella no se ponga tonta, en cuanto que lleguemos.

MIN. ¿Te has enterao, Encarna? ¡Ya ves!

PAU. Vaya, vamos. Y no hay que afligirse, que esto pasará y tú tienes por delante un porvenir y no eres ni la primera ni la segunda a las que les sucede lo que a ti te sucede. Yo mismo tuve un tropiezo... que ya tiene cinco años.

MIN. Lo que la digo yo.

PAU. Pues anda, que no hay mujeres que van a casarse cargadas de azahar que es una vergüenza.

MIN. Lo que la digo yo.

PAU. ¡Tú ten ánimos y a otra cosa! Sobre que siendo joven... Porque la juventud todo lo puede. Quién sabe lo que serás todavía. A lo mejor te encuentras con la suerte de cara. Hay que olvidarse del pasado y no volver nunca la cabeza y mirar hacia adelante nada más.

ENC. Sí, señora. Si yo tengo conformidad. Si yo sé lo que soy y lo que puedo ser: Una desgraciada, señora, por no decir otra cosa peor.

PAU. *(A Mingo).*

Más vale que la de por ahí.

MIN. ¡Ea! ¡Adiós! ¡Que me escribas, Encarna!

ENC. ¡Adiós, Mingo! ¡Que te acuerdes de mí! Me voy porque se me lleva mi suerte. ¡Y quién sabe dónde!

(En el andén toca una campana).

PAU. ¡El tren! ¡El tren!

(Se hace la obscuridad. Mutación).

CUADRO SEXTO

Una habitación íntima en casa de la Paula.
(En torno a una mesa del centro de la habitación están sentadas la Paula, la Rosario y la Lolita).

PAU. ¡Ay, hijas! Es que en esto de las parteras hay que andar con cien ojos.

ROS. Con untar como es debido, arreglao.

LOL. ¡La feten!

ROS. Ahora que pa mí que la Milagritos la diña de ésta y de eso.

LOL. ¿De eso? ¿Y qué es eso?

ROS. ¡Anda Dios! Pues de eso. De una faena que le ha salido mal.

PAU. Ahí tienes tú. Lo que es un descuido.

ROS. ¡Toma del fasco! Como que es lo único que a mí me da cuidao. Eso de que una por ganarse el pan se encuentre cuando menos se lo piensa de madre de familia... ¡Hay que ver!

PAU. Es que si no fuera por eso, no os dejaban trabajar las otras mujeres.

LOL. ¿Pero en qué estarán pensando los médicos que no inventan algo? Si vale más ser mujer honrada.

PAU. ¿Y quién te ha contao a ti que vosotras no sois mujeres honradas?

LOL. ¡Ay, qué risa!

ROS. Mujer, es que según se mire.

PAU. ¿Rebaja a la gente, por si acaso?

ROS. Natural que no. Yo lo que gano lo sudo.

PAU. ¡A ver que vida! ¿Quiénes son las mujeres honradas? ¿Las que les son fieles a sus maridos? ¡Esas son unas bestias! Vosotras sois las mujeres honradas, que tenéis un oficio. Y un oficio que se las trae. Porque no todas sirven. Y porque tiene sus quiebras.

LOL. ¡Natural!

PAU. Tú misma, ¿no vienes todas las tardes al tajo? ¿Y no mantienes con tu sudor a tu padre y a tu madre y a dos hermanos pequeños? ¿No pagas tu cédula, y tu inquilinato y tu contribución?

LOL. Y hasta el tabaco de la familia.

ROS. Yo a mi padre no le mantengo, porque no he conocido padre ninguno ; pero le pago a mi madre el cuarto.

PAU. ¡ Hay que ver ! ¡ Si sois unas *mártiras* ! Si los hombres os debían poner un altar en cada esquina.

ROS. Que no hay justicia en el mundo.

(Pausa. Beben).

ROS. Y la nueva, ¿qué tal?

PAU. ¡ Con una suerte loca !

LOL. ¿La ha tocao el gordo?

PAU. No la ha tocao nada. Pero se la ha muerto la criatura.

ROS. Ahora ya hasta puede ser mujer honrada si le sale de las narices.

PAU. ¡ Que te lo crees tú ! Le ha entrao por el ojo derecho al Marquesito, conque calcula.

ROS. ¿Y está con ella?

PAU. Sí.

ROS. ¡ Pues a ver si se encapricha y no le volvemos a ver el pelo !

(Sale la criada).

CRI. ¿Señora Paula? Ahí están esos estudiantes de siempre.

PAU. ¡ Al comedor, niñas ! Y a ver si hoy se sacuden la pastizara.

ROS. Sí, sí... Vendrán de pelmazos. Y nos querrán sacar al cine.

PAU. Vosotras que sois panolis porque sí. Si no os dejarais ni besar sin el dinerito por delante... Y a ver si hay un poco de formalismo. Que vais a romperme un día el negro del periódico que es una alhaja.

(La Rosario y la Lolita salen con la criada. En la calle toca un piano de manubrio. La señora Paula saca un cuaderno y unas chapas y hace sus cuentas).

PAU. La Rosario tres... Cabal... tres duros. La Lolita me debe otro... La faltan tres... Cabal...

(Calla el piano. Entra el Marquesito. Es un muchacho elegante, de familia «bien», pero encanallado por el ambiente de vicio en que vive).

¿Qué?

MAR. Una pava.

PAU. Hombre, eso...

MAR. Una pava que puede que llegue a pava real.

PAU. Entonces...

MAR. Tiene madera de buena mujer. Como se la ponga en el moño la estoy viendo de querida de un senador o de un ministro.

PAU. Pues anda, búscaselo tú.

MAR. ¿Ahora? Ahora no. Ahora necesito dinero en seguida. Dinero para el sastre... dinero para irme a San Sebastián...

PAU. ¡Ay, Marquesito!

MAR. Menos Marquesito y al grano. Cuando un hombre como yo llega a hacer lo que yo hago, hay que pagarle bien.

PAU. ¿Pero quién te quita tu mérito? Para descubrir mujeres tú.

MAR. Mira, Paula, descubrir mujeres no es como descubrir el Polo que es cosa que da fama y dinero. Yo necesito dinero y nada más que dinero.

PAU. Hombre! Es que hoy por hoy te estás aprovechando de la chica y...

MAR. Pero es para enterarme de si sirve.

PAU. Y qué?

MAR. Que sí. Que sirve.

PAU. ¿Que sirve? ¿Y qué más? ¿Qué es lo que quieres?

MAR. Colocarla a escape. Corre ahora mucho dinero por Madrid y tiene uno que aprovechar las ocasiones. Hay un gran pedido de mujeres nuevas. Y gente rica, nueva también, que quiere querida propia. Tienen auto, mujer, negocios, casa y panteón. Y quieren tener querida. Yo te aseguro que te la comprometo bien, Paula, claro que con mi cuenta y razón... La comisión de los muebles de la casa que la pongan, y mi corretaje y demás.

PAU. ¡Hombre, sí! ¡Eso sí! ¡A ver!

MAR. Pero es que estas cosas hay que cobrarlas por delante; porque como no se pueden luego llevar al juzgado y...

(Sale la criada.)

CRI. Ahí está el señor Lorenzo el de Torrejón.

PAU. Que pase, mujer.

(Al Marquesito.)

¡Este es!

MAR. Quién?

PAU. El amigo de la Encarna.

(A la criada.)

Anda chica! Que te he dicho que pase.

(La criada se va.)

Está negro por ella.

(Entra el señor Lorenzo.)

LOR. Buenos días, señora.

PAU. Entre usted, don Lorenzo. Aquí el amigo don Pepito Campos... Aquí don Lorenzo.

LOR. Caramba! Pues mucho gusto.

MAR. Beso a usted la mano.

PAU. Un chico muy cabal. Para servir a los amigos, él. Conoce a todo Madrid; desde el gobernador hasta la Paula.

LOR. Pues, muy bien...

PAU. Quiere usted tomar una copita?

LOR. Bueno.

Sírvanos tres.

LOR. Eso. Tres. Yo la verdad estoy un poco preocupado por que...

PAU. Nada. Si salió todo a pedir de boca.

LOR Ah !sí !

PAU. Todo. Se ha muerto la criatura.

LOR. Más vale. Eso de traer chicos al mundo es una cosa muy seria. Yo estaba con miedo, la verdad. Como que mi mujer que tiene un corazón que no le cabe en el pecho, había prometido una vela a San Antonio si abortaba la chica.

MAR. Pues a comprar la vela.

PAU. Aquí el señor Larenzo habla de la...

LOR. De Encarna, sabe usted? Una pobrecita inclusera que yo saqué del Hospicio, sabe usted? Y qué sabe usted? Se ha descarriado un poco la pobre...

MAR. La conozco, señor. Muy buena chica.

LOR. Si... Un poquito tonta, pero sí... muy buena.

MAR. Y ahora, claro ! usted la seguirá protegiendo no?

LOR. Pues si... Es lo que digo yo... Como la saqué de allá...

MAR. Naturalmente. No la va usted a dejar abandonada.

PAU. *(Al Marquesito.)* Esto es cosa mía, te enteras? Aquí no cobras tu.

MAR. Tú déjame a mí.

LOR. Lo que yo digo...

(Sale la criada un poco inquieta.)

CRI. Ustedes disimulen... señora...

PAU. Qué pasa?

CRI. Ahí... Que hay un hombre... Que dice... que quiere...

PAU. Pues anda y que pase al comedor que allí están las niñas.

CRI. Sí, ya se lo he dicho ; pero no quiere.

PAU. Qué no quiere?

CRI. Que no quiere niñas. Que quiere ver a un hombre.

PAU. Amos ! Vete ya !

CRI. Que sí, señora, dice que es el Mingo. Y vaya patoso !

LOR. Andando ! El Mingo ! Pues que entre.

CRI. Está bien.

(Se va la criada, un momento después entra el Mingo.)

MIN. Hay permiso?

LOR. Qué quieres tú ahora?

MIN. Que como el señor amo andaba tan malamente del «ruma», pues que me dije : «Tira pa alante Mingo, no sea cosa que le de un parálisis al señor amo y...»

LOR. Anda, anda y vete que a mí no me haces falta tú, para maldita de Dios la cosa.

MIN. Es que... Además... Como la señora ama me mandó decir que no dejase andar solo por los Madriles al señor amo...

LOR. Mingo !

MIN. Y como yo...

LOR. Hala ! Vete ! No me oyes?

MIN. Ya me voy, señor amo ; pero es que...

(Sale la Encarna, viste una bata muy elegante y muy llamativa. Al señor Lorenzo se le cae la baba al verla. El Mingo se queda boquiabierto ; ella sorprendida y avergonzada. Pero es un momento. Luego muéstrase altiva y cínica y procaz.)

ENC. Señora Paula... Usted, señor amo ! ¡ Tú, Mingo !

LOR. Hola Encarnación...

MIN. Vaya mujer elegante !

ENC. Pero... Aquí todos?

LOR. Como que no te podemos olvidar.

ENC. Ya lo veo... ya lo veo... ¿Y la señora Plácida?

LOR. Pues muy bien...

LOR. ¿Y me tiene tanto odio todavía?

LOR. No, Encarna, no. Si te aprecia. Ahora que como es así... Ya sabes tu como es...

ENC. Y tú Mingo... Vienes a que te pague los dos duros?

MIN. ¡ Amos, quita ! ¡ Cómo si quieres ahora otros dos !

ENC. Ahora ya tengo muchos. La señora Paula que es muy buena me los hace ganar. Y hago lo mismo que hacía en la casa de usted.

LOR. ¡ Hombre, Encarna !

PAU. Es que... Como quiso primero entrar de criada... Porque la pobre qué sabía...

LOR. Ya...

PAU. Mira Encarna, tu ven, con permiso de los señores.. Tengo ahí un vestido nuevo y quiero que lo veas. Mingo, ven también tu.

MIN. ¿Yo?

PAU. Si hombre, sí. No te apures por tu amo que queda en buena compañía. Sobre que ahora volvemos.

ENC. Pues nada... que usted lo pase bien... Y expresiones a la señora.

PAU. *(Al Mingo que mira embobado a la Encarna.)* ¡ Anda ya pasmao !

MIN. ¡ Hay que ver como se ha puesto la Encarna ! ¡ Que yo me quedo en los Madriles, es viejo ! ¡ Ahora es pa mi !

(Se van los tres. Quédanse solos el señor Lorenzo y el Marquesito.)

LOR. Está de primera.

MAR. ¡ Digo, que si está ! ¡ Pues la va usted a ver dentro de poco !

LOR. ¿Qué quiere usted decir?

MAR. Pues eso. Que dentro de poco va a estar desconocida.

LOR. ¿Desconocida?

MAR. Desconocida. De mujer de postín. Como que la Encarna será una gran mujer.

LOR. Eso ya lo es ahora.

MAR. Pero ahora no tiene «lo suyo» todavía. Y una mujer hasta que no tiene «lo suyo» no es nada.

LOR. No le entiendo a usted, la verdad.

MAR. Que hasta ahora la chica no ha tenido suerte; pero que ya está encarrilada.

LOR. ¿Encarrilada?

MAR. Encarrilada, si señor. Oiga usted... Aquí entre nosotros... ¿Usted la quiere?

LOR. ¡Hombre! Tanto como quererla...

MAR. Pues mire usted, me alegro, la verdad. Porque si la quisiese usted iba usted a pasar un mal rato.

LOR. ¿Yo?

MAR. ¡Usted calcule! De la Encarna se ha enamorado un hombre.

LOR. ¿Qué dice usted?

MAR. Pues eso. Un hombre que ya la ha pagado sus vestidos, sus muebles, vamos todo!

LOR. ¿Eh?

MAR. Y como que el que paga es el amo, resulta que usted no tiene ya ningún derecho sobre ella.

LOR. ¿Cómo que no?

MAR. ¡Cómo que no!

LOR. En la Encarna no manda nadie más que Lorenzo Rodríguez. ¿Quien la ha sacado del Hospicio?

MAR. Pues vuelva usted a llevarla. Eso sí. Usted puede volverla a encerrar; y nada más que eso.

LOR. Entonces...

MAR. Si es que la quiere usted no tiene usted más que un camino.

LOR. ¿Qué camino?

MAR. Pagar.

LOR. ¿Pagar el qué?

MAR. Todo lo que ha pagado el otro.

LOR. ¡Estaría bueno! ¡Saque usted una chica del Hospicio, para que luego venga otro y se la lleve! ¡Haga usted buenas acciones para esto! ¡Si es mejor ser malo!

MAR. ¡Pero señor, ponga usted el remedio y en paz!

LOR. ¿Y es mucho?

MAR. Nada, hombre, nada. ¡El comadrón, los vestidos, los muebles... nada! ¡Cosa de tres mil pesetas!

LOR. ¡Tres mil pesetas! ¡Vamos hombre! ¡Ni que fuera yo tonto! ¡Tres mil pesetas!...

MAR. ¡Pues que usted no vuelve a verla, es viejísimo!

LOR. Hombre... La verdad es que después de todo la chica lo vale... Y si yo pago eso, ya no tendré que pagar nada más?

MAR. Ni gorda. La chica para usted. Tan suya como si hubiera usted comprado una yegua.

LOR. Entonces... Porque es que me quito un peso de encima. Como yo fuí quien la engañó ¿me comprende usted? Parece que pagando ya está uno cumplido.

MAR. Pues a pagar. Tiene usted que echarse la cuenta de si la chica en vez de hacer lo que ha hecho, se va al Juzgado, le sale a usted por un ojo de la cara.

LOR. Pues trato hecho. Mi palabra, es mi palabra. Vamos a dejarlo en dos mil quinientas.

(Saca la cartera.)

MAR. ¡Hombre! Regatear, no...

LOR. ¡Ea! Diez mil reales y arreglado.

(Cuenta unos billetes y se los da al Marquesito.)

MAR. Pues arreglado. Y le felicito a usted. Es usted un hombre de corazón. Es usted lo que se dice un buen hombre. Si todos fuésemos como usted no habría en el mundo tantas mujeres perdidas. ¡Palabra!

LOR. Yo soy un hombre de principios y nada más. Y ahora... y entonces... ¿puedo ya marcharme con la chica?

MAR. ¡Hombre! Un poco de paciencia ¡Caray! Tiene usted que tranquilizarse. Está usted emocionadísimo. A mí me parece preferible que espere usted a última hora. Hasta podemos organizar una cena de novios. Yo mismo les acompañaré a ustedes.

LOR. Eso está bien. Pero que no me hagan esperar. Y que no la toque nadie, que ya es mía y muy mía.

MAR. Váyase usted tranquilo que aquí estoy yo; y yo arreglaré las cosas como debe ser.

LOR. Conque... gracias... Y tanto gusto. Es que me ha quitado usted un peso de encima. Y ya sabe usted, Lorenzo Rodríguez, en Torrejón.

MAR. Quedamos en que hasta luego.

(El señor Lorenzo se va. El Marquesito llama a la Paula que un momento después sale.)

¡Paula! ¡Paula!

PAU. ¿Qué tal?

MAR. Hecho.

PAU. ¿Cuánto?

MAR. Dos mil quinientas.

PAU. Pues a alquilar el piso y a cobrar.

MAR. Tu ya puedes regalarle el traje azul. Y esta noche a la Cuesta. Porque hay que mojarlo.

(Vuelve a oirse en la calle el piano de manubrio.)

PAU. Pero antes a ver... un poco de formalidad. Hay que arreglar las cuentas como es debido.

MAR Pues anda.

PAU. Apunta. *(Saca un cuaderno.)*
Son dos mil quinientas. Mil para tí. Mil para mí.
(Entra la criada)

CRI. ¡Señora !

PAU. ¿Qué pasa? ¿Un hombre? Al comedor, mujer.

CRI. No, si ese que viene a cobrar lo de la Beneficencia.

PAU. ¡Rediós, que con esto no contábamos ! Bueno. Mil para ti. Mil para mí. Trae ese billete de quinientas tú. Toma chica. Quinientas para la Beneficencia. Ya está. Que si en Madrid supiesen lo que produce una hospiciana, que no quedaba ni una en el hospicio.
(En la calle el pianillo vuelve a lanzar su serenata canalla).

CAE EL TELON

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Un cabaret. Al fondo, un gran tapiz oculta las mesas de juego. En torno al lugar destinado en el centro al baile, las mesitas del restaurant. En el fondo también, el sitio destinado a los tzinganos. Unos biombos ocultan las mesas reservadas. Al comenzar la sección bailan unas parejas. Son las dos de la madrugada.

(Ante una mesa están sentadas la Lolita y la Rosario. En otra próxima, el señor Gordo. Hay otras muchas ocupadas. El camarero sirve. Cuando los tzinganos acaban de tocar, sale de la sala de juego el matemático. Es muy elegante, como todos los que intervienen en la acción de este cuadro. Se oye el rumoreo de los que juegan y las voces de los croupiers y el sonido de las fichas. Y muy distintamente «hagan juego, señores» y «no va más»).

MAT. ¡Que no va más! ¡Quién pudiera decir «no vengo más»!

SR. GOR. *(Que viene de saludar a una mujer que está sentada en el último término).* Usted siempre tiene cara de haber perdido. Yo no sé por qué se empeña usted en seguir jugando.

MAT. Ni yo tampoco.

SR. GOR. ¡Si yo estuviera en su pellejo qué había de jugar!

MAT. Y usted sabe por qué juego yo?

GOR. Hombre!

MAT. Pues yo pierdo para que pierdan los otros.

GOR No le entiendo a usted.

MAT. Sencillamente. Entro. Me fijo en uno que gane. Y me pongo a jugar lo que él juegue. Y está perdido! Donde yo me dejo caer una ficha, ya se sabe; la negra. Mi dinero está embrujado. Se lo llevan todo. Va solito. Es que no necesitan ni raqueta.

GOR. Hombre, pues me alegro que me lo diga usted, porque cuando yo juegue, ya tendré cuidado de que usted no me siga.

MAT. Toda la noche persiguiendo un número.

GOR. Estará usted rendido.

MAT. El trece negro. Que no se ha dado ni una sola vez. Se conoce que está fuera. *(Una voz dentro. «El trece negro»)*

GOR. Ahí está!

MAT. ¡Ve usted! Esto ya es tomarle a uno el pelo. Nada, nada... Voy a rectificar. Porque es que debo de haber calculado mal antes. Juego en la red y a color. Y, así pierdo dos veces en cada bolada.

GOR. ¿A pesar de los cálculos?

MAT. Es que no doy una!

GOR. Ya lo veo, ya. *(El matemático se sienta ante una mesita y se dispone a hacer números en una tarjeta. El camarero se le aproxima.)*

CAM. Desea algo el señor?

MMAT. Un lápiz.

CAM. Un lápiz?

MAT. Y tarjetas. Tarjetas en grandes cantidades. Quiero otra cosa: Descansar. *(De la sala de juego sale una francesa. Se dirige al señor Gordo.)*

SRA. Oh! Mon cheri!

MAT. Mon cheri? Sablazo seguro.

GOR. Hola, pequeña!

FRA. J'ai perdu tout!

GOR. ¿Qué lo has perdido todo?

MAT. Esa muchacha es de las mías. Oh tierna correligionaria!

FRA. Tu me laisser un louis...

GOR. ¿Quieres un luis? Lo perderás.

MAT. Por perdido ya. De las mías.

FRA. ¡Mais non! J'aurais de la chance avec ton argent...

MAT. Claro que con el dinero de los demás no puede perder uno. ¡Ni una!

GOR. *(Al matemático.)* Ya lo ve usted; yo juego sin hacer posturas.

MAT. Es que le gustan a usted las vacas...

GOR. Ten. *(Da un luis a la francesa.)*

MAT. Pero estas vacas son un mal negocio.

FRA. ¡Oh que tu es gentil! Aurevoir. *(Regresa a la sala de juego.)*

GOR. Sí... Ya veremos luego.

MAT. A mí me parece mejor para usted que no vuelva a verla. *(El Marquesito sale de la sala de juego con un empleado.)*

MAR. Esto va bien. Se han cambiado quince billetes grandes, ¡buena racha! Pero vigila a ese pagador. Sos-

pecho... sospecho... Anda ya. *(El empleado regresa a la sala de juego. El Marquesito se aproxima al señor Gordo y sigue hablando.)* ¿No hace usted una posturita?

MAT. ¡Hombre! ¿Cómo quiere usted que haga posturas con ese volumen?

GOR. Tiene razón el amigo. Yo ni juego ni bailo.

MAR. Ni come ni bebe.

GOR. ¡Pero si esta noche he comido tres veces ya! Una vez en el Palace con la Ester; otra vez en los Burgaleses con un corredor de carbones y otra vez en casa de Morán, con esa artista alemana que se traga las langostas vivas.

MAR. ¡Pero, hombre, por Dios! O juegue usted o tome usted algo. Si no van a creer que es usted un pelma.

MAT. ¿Quiere usted hacerme caso a mí? Pues ni juegue ni tome usted nada. Porque no sé qué es peor de las dos cosas.

GOR. ¿Entonces usted qué cree que debo hacer yo?

MAT. Marcharse a dormir, que es lo único saludable y económico.

ROS. *(A Lolita.)* Me parece que hemos entrado equivocadas.

LOL. ¿Y por qué?

ROS. Porque de aquí nos echan.

LOL Pero si nadie nos ha dicho una palabra.

ROS. Pues por eso mismo. Como no venga un hombre con nosotras, ¡que nos hacen ahuecar es de lo más viejo!...

LOL. Mira. El Marquesito...

ROS. Llámale.

MAT. Salió el trece negro. De manera que dos y dos cuatro y tres, siete y cinco, doce... *(Sigue sus cálculos. Después se levanta y desaparece en la sala de juego.)*

ROS. Chist... *(Llamando al Marquesito.)*

MAR. ¡Hola! Las menores de la Paula... ¿Pero que hacéis aquí niñas?

ROS. ¿No eres tu el amo de esta casa?

MAR. Yo soy el amo de todo el mundo.

ROS. Es que estábamos diciendo esta y yo... A ver, a ver si nos echan por no hacer gasto...

MAR. ¿Queréis que os coloque en la casa ahora mismo?

LOL. ¿Colocarnos aquí? ¿Pero es que hay camareras?

MAR. No chica. Camareras no. Hay tanguistas y ganchos. Que lástima que no sepáis hablar francés.

LOL. ¿Francés? ¿También aquí?

ROS. ¿Y qué es lo que hay que hacer?

MAR. Nada. Que vengan hombres a jugarse los billetes. Y que os conviden.

LOL. Vaya una cosa

ROS. Pero... ¿nada más?

MAR ¿Pues qué es lo que querías tu hacer aquí?
LOL. Nosotras, nada.
ROS ¡A ver!
MAR. ¿Os apetece cenar ahora?
LOL. ¡Hombre!
ROS. Pues mira tu, no estaría mal eso.
MAR. Verás que pronto.
ROS. Será de balde, ¿no?
LOL. ¡Toma! ¡Tu dirás!
MAR. *(Al hombre gordo.)* Voy a presentarle a usted dos amiguitas. ¡Vaya caras!
GOR. ¿Querrán cenar también estas?
MAR. Pero comen poco. No están acostumbradas todavía.
ROS. Tu cállate, que el comer y el charlar todo es empezar.
GOR. Pues tanto gusto niñas. Y pedid lo que queráis.
MAR. Con permiso de ustedes. *(Va hacia el foro, a vigilar la sala de juego.)*
GOR. ¡Casa!
CAM. El señor dirá.
GOR. ¿Qué queréis, niñas?
ROS. Yo... una cosa que me guste.
CAM. ¡Claro!
ROS. Yo tomaría unos callitos.
CAM. Eso aquí no...
ROS. ¡Anda! Pues entonces...
GOR. Mira niña, yo haré el menú. *(Sale nuevamente el matemático. Viene muy triste.)* ¿Qué le pasa a usted ahora?
MAT. Que he ganado en las decenas; pero he perdido el color.
GOR. Pues hay que ganarlo.
MAT. Me parece que el color yo no lo gano, aunque tome el aceite de hígado de bacalao. *(Se sienta ante su mesa y sigue haciendo números. Llegan de la sala de juego dos tanguistas.)*
TAN 1. Con el cero no hay modo.
TAN 2. ¿Pero tu no juegas por la casa?
TAN 1. ¿Y eso qué? ¿Dejará de perder una?
TAN 2. ¿Cenamos?
TAN 1. ¿Tú tienes dinero?
TAN 2. Tengo los cinco duros que me dió aquel que ganaba, para que me fuese y le dejara en paz.
TAN 1. ¡Qué estás de suerte, chica! A mí el otro también para que me fuese y también para que le dejara en paz, me ha dicho una animalada. *(Se sientan. El camarero las sirve. Llega de la calle una pareja: Son UNO y PALOMA.)*
PAL. ¿Por qué no vas y juegas?
UNO. Porque no se jugar. Yo vengo por los Tziganes que lo

hacen muy bien y por los bifteks que también los hacen muy bien.

PAL. Vamos.

UNO. Iré luego a ver si saco la propina para el mozo.

PAL. No seas tontín, y juega. Mira que se yo que esta noche tienes que ser afortunado en el juego.

UNO. ¿Caramba hija, qué quieres decir?...

PAL. Lo que oyes. *(Ríe.)*

UNO. ¡Pero mujer!...

PAL. ¡Pues sí que nos vendrían mal unos billetes, chico! No seas tonto y juega. ¡Si sabré yo lo que me digo!...

UNO. Pues ni una palabra más. ¡Ahora vuelvo!... *(Entra en la sala de juego.)*

CAM. *(Al Matemático.)* ¿No quiere usted tomar nada?

MAT. ¡Hombre! ¡No me distraiga usted que ya está!

ROS. ¿Lo has visto? Por eso no me gustan a mí los vestidos de segunda mano. Ese, es el de aquella tiple que se murió. Ha sido mío, ha sido tuyo, ha sido de la Amparo y ahí le tienes ahora. Y es que con estos vestidos buenos, pasa como con los hombres rumbosos y de postín. Que hoy los lleva una y mañana otra y pasado mañana otra. ¡Vamos! ¡Mira tu que haber revendedores para los trajes!... *(Sale el Mingo de la sala de juego. Ahora es Croupier. El Marquesito le sale al paso.)*

MAR. ¿Ya has acabado de trabajar?

MIN Sí.

MAR. ¿Se han dado bien las propinas?

MIN. No. Como los que pierden se reservan y como que ganar no gana nadie... *(Se sienta ante una mesa. Llama a un camarero.)* ¡Casa! ¡Absenta!

MAR. ¿Quieres envenenarte? *(Se aproxima al Mingo).* ¡No bebas eso!

MIN. ¡Pues tú dirás!...

MAR. ¿Es que todavía andas «colado» por esa mujer?

MIN. Sí...

MAR. ¡Vamos, hombre!... ¿Pero en qué piensas?

MIN. Ya lo ves...

MAR Pues lo que es para mí se acabó. Es que ni me acuerdo... Y ya ves tú que también la he querido.

MIN. ¡Vamos a hablar de otra cosa! Ni tú eres como yo ni has hecho por ella lo que he hecho yo.

MAR. Pero te digo lo que te digo, porque te quiero bien, ¿sabes? Y además... Los empleados de la mesa como tú no puede ser que anden pensando en las musarañas como te pasa a ti... Tú a lo tuyo y nada más que a lo tuyo. Yo te he enseñado el oficio. Yo te recomendé aquí...

MIN. ¿Y qué? ¿Es que me quieren echar? ¡Anda y que me echen! ¡Mejor! ¡Así! ¡Marcharme y buscarla donde esté!...

MAR. ¿Y sabes dónde está?

MIN. ¡Pues donde sea!

MAR. ¿Y sabes que el viejo no la deja ni a sol ni a sombra?

MIN. Creo que están en París. Lo he leído no sé dónde. Es bailarina... Un camarero me ha dado este retrato suyo. Es de no sé qué periódico. Lo recortó el hombre para mí. Mírala... Ahora se llama «La Española». *(Saca un trozo de periódico. Se lo enseña al Marquesito).*

MAR. ¡Oh! ¡Cualquiera adivina que es la Encarna! ¡Vaya suerte! ¡Menudo negocio que a mí se me fué de las manos!...

MIN. ¡Cállate!

ROS. *(Al señor gordo).* Esto del pez a la crema está muy mal.

GOR. ¿Y por qué está mal?

ROS. Porque la crema es una cosa dulce, ¿no? Pues ésta no es dulce.

LOL. Amos, chica, tú calla y come, que de platos finos no sabes ni tanto así.

ROS. ¿Y por qué me voy a callar? ¡Pues anda! A ver si es que una no tiene derecho a enterarse de lo que se lleva a la boca.

GOR. Tienes razón, pequeña. Tienes razón.

DENTRO. El trece. Negro.

MAT. Juego. *(Se dirige presuroso a la sala).*

GOR. ¿Dónde va usted tan aprisa?

MAT. ¡Que juego!

GOR. ¿Pero antes el trece no era encarnado?

MAT. Se conoce que se ha teñido. Voy a ver si con este tanteo...

GOR. Pero venga usted acá. *(Le hace sentar a su mesa).*

MAR. *(A Mingo).* ¡No te calientes los cascos! Después de todo yo que tú, no me cambiaba por el viejales.

MIN. Como que es un granuja.

MAR. Pero tiene derecho a quererla.

MIN. Ella misma será su castigo. ¿Que ha ganado muchos miles de duros con la guerra y robando a la gente? ¿Y qué? La Encarna será su ruina y su perdición, como fué la mía y como será la de todos los hombres que pongan los ojos en ella.

MAR. ¿La tuya? ¿Pero de qué te quejas tú? ¿Qué daño te ha hecho a ti esa mujer?

MIN. Romperme la vida.

MAR. ¿A ti? ¿Romperte la vida a ti?

MIN. A mí

MAR. ¡Vamos, cállate! ¡Si es para morirse de risa! ¿Pues qué eras tú más que un criado de pueblo? ¿Qué porvenir tenías tú?

MIN. ¿Y ahora qué soy? Ahora soy un croupier. Un criado tuyo. Un criado de todos. Eso es lo que soy ahora. ¡Pues vivía yo poco tranquilo en el pueblo! Pero vine

a Madrid a verla un día, ¿y qué sabes tú lo que entonces pasó por mí, si ni lo sé yo mismo? Y desde entonces me pasa lo que me pasa, y desde entonces no puedo estar sin ella. Yo sería capaz de todo por vivir a su lado. ¡De todo! ¡Si ya sabes lo que hacía por verla cuando su amo la dejaba sola! ¡Y es que como yo no tengo un real y ella necesita muchos miles, pues a ver... que me ha perdido, que me ha perdido!

MAR. ¡Tú eres idiota! Créeme a mí, galán; las mujeres son para que las paguen los otros y para que uno las pegue y las cobre. Tú haz lo que yo y a otra *chose*. *(Se va a la sala de juego).*

ROS. ¿Has visto al Mingo?

LOL. Sí, mujer.

ROS. ¿Te has fijao en lo triste que le ha puesto el cambiar de oficio, chica?

MAT. ¿Ese croupier? Tiene una cara de entierro de tercera que tumba.

ROS. Como que el hombre está colado.

LOL. Usted que tiene pinta de haber viajado la conocerá a ella.

GOR. ¿Yo?

ROS. De arroba es la mujer. Dicen que está haciendo en París un ruido como para levantar dolor de cabeza.

MAT. ¿En París?

ROS. En París. En París. Y no es que valga nada. Suerte que ha tenido y nada más que suerte. Calcula tú si la conoceremos. Como que cuando empezó a ganarse la vida por el mundo, ésta y yo habíamos rodado lo nuestro ya.

LOL. Estuvo en casa de la Paula.

ROS. Pero que encontró un primo que se la llevó a París y que la chica hace lo suyo en el baile y que allá como no la conocen hasta creo que ha estado comprometida con un rey.

MAT. ¿Pero qué mujer es ésa?

ROS. La Españolita.

GOR. ¿La Españolita?

ROS. Cabal.

GOR. Pero ya no está en París.

ROS. ¿Que no está en París?

GOR. No, mujer; que ya ha vuelto.

MAT. Ha vuelto. Hoy la he visto yo en la Castellana. Y con unas plumas en la cabeza que se enganchaban en las ramas de los árboles.

GOR. También la he visto yo. En el Palace. Uno de estos días cenaremos juntos.

ROS. Pues anda que cuando ése sepa que está en Madrid...

LOL. Con lo colao que está.

MAT. Díselo, mujer, a ver si así hace el milagro de que salga el trece.

ROS. ¡Mingo! ¡Mingo!

MIN. ¿Es a mí?

ROS. Haz el favor. *(El Mingo se aproxima).* ¿A que no sabes quién está en Madrid?

MIN. No sé...

LOL. La tuya, hombre, la tuya.

MAT. La de usted.

LOL. La Encarna.

ROS. La Españolita. Aquí este amigo la ha visto.

MIN. ¡Ah, sí!

MAT. Sí, sí. La he visto hoy con ese pobre hombre que va con ella. Ya hace días que han vuelto. Les saludé al pasar. Me parece que eso de su amigo ya está en las últimas.

GOR. El viene a negocios. Yo he oído decir que anda mal de pesetas. Lo de siempre; un hombre honrado que se pierde por una mujer mala. *(Los tzinganos comienzan a tocar. Baila una pareja. Sale el Marquesito).*

MAR. ¡Como que no iba a venir ella!

MIN. ¿Quién?

MAR. La Españolita.

MIN. La Encarna.

MAR. Tú, vete. Vete, Mingo, y a ver si no nos haces una escena.

MIN. ¡La Encarna!... *(Se aleja hacia el fondo. Sale la Encarna. Muy elegante. Muy chic. Un camarero la acompaña a la mesa de un reservado. Tiene el aspecto de una mujer cansada. La Rosario se la aproxima como para saludarla, pero Encarna no quiere conocerla).*

MAT. ¿Pero no erais amigas?

ROS. Ni nos ha mirado.

MAT. Eso es que no quiere conoceros.

ROS. Pues hemos comido el pan de la misma casa.

MAR. *(Que se aproxima a la Encarna).* ¿Vas a ponerte tonta con los amigos?

ENC. ¿Es usted el camarero?

MAR. Tiene gracia. A lo mejor es que ya no te acuerdas de mí.

MAR. Yo soy el Marquesito, Encarna.

ENC. ¿El... Marquesito?... No sé...

MAR. ¡Qué graciosa! Pues ya te has enterado. Aquí me tienes a tu disposición. Porque yo sigo siendo el mismo.

ENC. ¿Eso es un ofrecimiento?

MAR. Ya ves que sí.

ENC. Pues no me haces falta. Ni tú ni nadie como tú. Ahora ya me vendo sola. ¡Camarero! Hágame el favor de correr las cortinas.. *(El Marquesito, muy friamente, se separa de ella. El camarero obedece. Con él quedará Encarna en el reservado).* Déme usted la lista. Ahora llamaré. *(El camarero da la lista y sale. En este punto*

se siente un gran escándalo en la sala de juego y hacia ella se dirige el Marquesito seguido de todos los personajes. Rodeado de los que abandonan la sala de juego sale «Uno» agitadísimo mostrando un gran puñado de billetes).

UNO. Desbanqué! Desbanqué! Todo es mío! Los músicos son míos!

MAT. Y lo mío es suyo también.

UNO. Y tú, la mujer que más se quiere de todas las mujeres del mundo! *(Abraza a Paloma.)*

PAL. Que toquen la marcha triunfal!

FRAN. La Marselleise! *(Los tzinganos tocan muy fuerte un himno.)*

MAR. Que hemos palmado! Maldita sea!

FRAN. ¡Oh! ¡Le banqueur! ¡Tu viens avec moi!

TANG. 1. Dame un billete de recuerdo.

MAT. Ese hombre me ha vencido! Haga usted cálculos para esto!

UNO. Tres plenos! Y seguiditos! Y a todo meter!

MAT. Amigo, es usted Cristóbal Colón.

UNO. *(Se sube en una mesa. Le rodean todos.)* Señores! Esta casa es mía! Estas mujeres son mías! Todo es mío! Adentro! A la sala de billar! Y a beber en la misma ruleta! Y a regarlo todo con vino! Para mí las mujeres! Todo está pagado! Hala! Hala! Hala!

TANG. 1. Vivan los hombres rumbosos!

MAT. *(A Paloma.)* Tiene usted que decirme con quien ha engañado usted a su amigo... Porque como yo también tengo una amiga y me gusta jugar y esto del cálculo no me sale... *(Cantan todos siguiendo a la música. Se alejan. El Mingo duda un momento. Después entra en el reservado. Sigue oyéndose el lejano bullicio.)*

MIN. Encarna! Encarna!

ENC. Señor...

MIN. Es que ya no me conoces? Soy yo. Yo. El Mingo, Encarna.

ENC. Estás tan cambiado.

MIN. También tú has cambiado mucho.

ENC. Lo que se cambia en dos años.

MIN. ¿Pero es que ya te acordabas de mí?

ENC. No! No! No!

MIN. Ya lo he oído, mujer.

ENC. ¿Para qué voy a engañarte? No estoy muy segura de si es que no me acuerdo de ti o que no quiero acordarme de nada.

MIN. ¿Y no te acuerdas tampoco de que yo siempre te he querido?

ENC. Tú? Que me has querido tú? *(Ríe.)*

MIN. No te rías, mujer! No te rías!

ENC. Antes el que te reías eras tú. No te acuerdas como te reías tú? *(Ríe.)* Pues ahora es a mí a quien le toca reírse.

MIN. No seas mala! No seas mala!

ENC. Y si lo fuese qué? Es que me has enseñado tu a ser buena?

MIN. Pero mujer!...

ENC. ¿Qué quieres que haga? ¿Qué quieres que te diga? Quieres que te diga: «Mingo, aquí me tienes; aprovéchate ahora que no está el que paga.»

MIN. Cállate!

ENC. Que no soy buena! Es que te figuras tu, que el corazón de las mujeres es copa vacía que podéis llenar de amor o de odio a vuestro capricho? No, no... Yo soy ahora como tengo que ser, porque me habéis deshecho el corazón. Mala! Oyeme... Recuerda... Yo soy de la inclusa... Me llevaron al Hospicio, y luego a aquella casa. ¿Es que te has olvidado ya de aquella casa? Allí el viejo me hacía el amor en su alcoba y tú en el establo. Después me vendísteis; después me encerrasteis, y a mi prisión venía el amo a darme el pan que me ganaba con mis besos. Y tu crees que esto se olvida? Pues no se olvida. Pues no se olvida nunca! ¡Qué sabes tu, todo lo que yo odio! Pero no te odio a ti. Tu me das lástima. El no... El no... A él sí que le odio, Mingo! ¿Sabes por qué me marché a París con aquel otro hombre? Pues porque estaba segura de que el amo me seguiría. Le quise mío. bien mío! Y siendo así muy mío y estando muy atado a mí, se murió el ama, sabes? Y yo, sabes? peseta a peseta he deshecho todos los montones de oro que ese hombre iba hinchando a costa del esfuerzo de los demás, Mingo!

MIN. Pero yo no soy como él. Yo te he querido siempre, siempre!

ENC. ¿Que me has querido? ¿Y qué sabes tú de eso? Tú qué has hecho por mí? Nada! Esperar en la calle una hora y otra hora, a que él se fuese para subir tú. Nada!

MIN. Es que yo no podía hacer más que eso, Encarna

ENC. Un hombre puede hacerlo todo. Por una mujer se hace todo. Es que te figuras tu que basta con decir: «Te quiero»? Eso me lo decían allá en casa de Paula todos los hombres, antes de la primera caricia. Pero después... después se avergonzaban de mí. A una mujer no se le pide su cariño: se la gana. Y tu no has hecho por mí todavía más que llorar y aguardarte en la calle. Yo Mingo, ni era nada ni soy nada; pero tengo un precio. Si me quieres, cómprame! *(Entra*

el señor Lorenzo precedido de un camarero que le acompaña hasta el reservado.

LOR. ¡Hola, Encarnita!

ENC. ¿Estás aquí ya? *(Presenta al Mingo.)* Mira... Un amigo antiguo.

MIN. Señor Lorenzo...

LOR. *(Sorprendido friamente.)* ¿Pero tu? ¿Y qué haces tu aquí?

MIN. Trabajar. Como siempre. Usted ya veo que está bien...

LOR. Sí; muy bien. Anda, déjanos. Te agradezco mucho esta visita, pero déjanos.

MIN. Pues, buenas noche. Adiós, Encarna.

ENC. Adios, Mingo. *(El Mingo sale del reservado y va hacia el fondo.)* ¿Qué te ocurre? ¿Ya estás aburrido en Madrid? ¿O es que no te ha hecho gracia ver al Mingo?

LOR. Nada... No sé... No. ¿Con quién cenabas? *(Muy tristemente.)*

ENC. Sola.

LOR. Haberme esperado, hija.

ENC. ¡Pchs!... ¡Ah!, oye... Llama al camarero. Me he comprado aquí un collar, ¿sabes? Era de una mujer que perdía mucho y necesitaba unas pesetas. Las he pedido en la caja. ¿Mírale, te gusta?

LOR. Sí...

ENC. No, es que si no te gusta, lo tiro.

LOR. Que sí, Encarnita. Lo que no me explico es porque lo has comprado. Los tienes tu mucho mejores.

ENC. Bueno. Sí. Eso no importa. ¡Hale! Dame el dinero. Si total son cinco mil pesetas.

LOR. ¿Cuánto?

ENC. ¡Cinco mil pesetas, hombre! ¡Dámelas!

LOR. Encarnita...

ENC. ¿Qué pasa?

LOR. El caso es que no sé cómo decírtelo... Porque voy a darte un disgusto gordo... pero...

ENC. ¡Acaba, hombre, acaba!

LOR. ¡Si es que no puedo! Si es que tengo un nudo en la garganta y no puedo...

ENC. ¡Di, hombre, di. Di lo que sea de una vez ya!

LOR. *(Que bebe agua incesantemente.)* Es que... Encarnita... Estuve con mi apoderado; revisé los libros...

ENC. ¿Y qué?

LOR. Malos negocios... Falta de actividad... Un poco de despreocupación...

ENC. ¿Pero todo eso qué quiere decir?

LOR. Quiere decir... que no tengo dinero.

ENC. ¡Que no tienes dinero! *(Alegremente sorprendida.)*

LOR. ¡Quiere decir la ruina!

ENC. ¡Tu! ¡Tu! *(Puesta en pie y más jubilosa a cada momento.)*

LOR. ¡Yo! ¡La ruina, mujer! Ni dinero, ni crédito, ni nada. Lo he perdido todo. Ahora por no quitarte ni un capricho de tus lujos, jugaba a la Bolsa. ¡Y ha sido por tí, Encarnita! ¡Ha sido por tí! He hablado a mis amigos, y ¡nada! ¡Tampoco tengo amigos ya! Ni tengo a nadie más que a ti. Venderemos el auto; venderemos alguna alhaja tuya, y hala. Al fin del mundo. Yo trabajaré Encarnita... Trabajaré.

ENC. *(Se le acerca y ríe, ríe, contentísima de verse vengada.)* ¡Ya! ¡Ya!

LOR. ¿Por qué te ríes? ¿De qué te ríes?

ENC. ¡De ti! ¡Me río de ti!

LOR. ¿Es que no me crees?

ENC. ¡Te creo! ¡Claro que te creo! ¡Y por eso me río! ¿Tu no ves cómo me río?

LOR. ¡Ven a mi lado! ¡Porque sin ti, no volveré a ser hombre! ¡Porque sin ti, me mataría!

ENC. ¡Pues mátate! ¡Mátate ya!

LOR. Qué dices?

ENC. ¿No me has oido? ¡Que te mates! ¡Ahora mando yo! ¡Ahora soy yo la que se ríe! ¡Ahora es la mujer sin padres, la que se venga! ¡Yo! ¡Ahora soy yo! Mírame bien, aquí a la cara como yo te miro, ¿ves? Me tapo con el colorete las huellas de tus besos asquerosos, de mico y de ladrón ¡Viejo! Yo he sido tu perra y tu querida y la mujer que ha hecho latir tu corazón duro y viejo. ¡Viejo! Es de mi juventud de lo que ha vivido tu vejez; por eso me mantuviste. Pero ya no tienes dinero para comprarme y ya soy libre. ¡Ya soy libre! ¡Y me río! ¿Ves cómo me río? Que alegría, Señor. ¡Soy libre! ¡Y me llevo tu vida!

LOR. ¡Ven! ¡Ven! ¡Ven! ¡Mujer, no me dejes! ¡Ven tu! *(Intenta abrazar a la Encarna que al rechazarle le empuja y le hace caer. El viejo se agarra a la mesa. Su cara se contrae en un gesto extraño. Se lleva las manos al cuello. Se siente encadenado por los primeros síntomas de una congestión.)* ¡Me ahogo! ¡Que me ahogo! ¡Ven!

ENC. ¡Bah! ¡Me das asco! ¿Oyes? ¡Me das asco! ¡Asco! ¡Asco!

LOR. ¡Mujer! ¡Encarna! *(Hace un supremo esfuerzo para incorporarse. Encarna le da otro empujón. Cae sin decir palabra.)*

ENC. ¡Ta! *(Le escupe. Pero le escupe aun más que con los labios con los ojos.)* ¡Me vengué! ¡Ya me vengué! ¡Libertad! ¡Aire! ¡Alegría! *(Sale del reservado y se encuentra frente a Mingo. Regresan todos los personajes con los músicos y entre una gran algarabía.)*

MIN. Encarna...

ENC. ¿Ahora tu? ¿Otra vez tu?

MIN. Yo. siempre yo.

ENC. Mira chico, cuando seas algo vienes y en paz. Tu busca dinero, dinero, que tu y los otros como tu, fuisteis quienes me enseñaron a venderme. Cuando puedas comprarme... entonces. Lo ganas o lo robas o lo que sea; ¡eso allá tu! ¡A bailar! ¡A bailar! ¿Quién quiere bailar con la Española?

UNO. ¡Yo! *(El señor Lorenzo agoniza a los pies de la mesa. UNO se acerca a Encarna tambaleándose para bailar con ella que le rechaza y se pone a bailar con otro. El Mingo al ver que UNO tiene tanto dinero, le acomete una idea criminal. Su actitud y su mirada dan testimonio de la terrible decisión. Se le aproxima.)*

UNO. *(Al Mingo.)* ¡Me gusta a cegar!

MIN. Pues venga usted conmigo y esa mujer será tan suya como las otras.

UNO. Hombre... ¿A ver? ¡Música!

ENC. ¡Eso! ¡Música! ¡Y mucho ruido! ¡Y a alegrarse todos! ¡Gran noche esta noche! ¡Acabo de nacer! ¡Acabo de nacer! ¡Alegría! ¡Libertad! *(Un gran júbilo lo invade todo. Los Tziganes tocan furiosamente. La gente baila como en un vértigo. Se hace la obscuridad. Mutación.)*

CUADRO SEGUNDO

El dormitorio de la Españolita.—Muy poco tiempo después del cuadro anterior.

Va a amanecer. La Encarna echada en una chaisse-longue, lee un libro mientras su doncella le dispone el lecho. Pausa. La Encarna deja caer el libro.

DON. ¿No es bonita esa novela?
ENC. Como todas. Amores, odios, mujeres extrañas...
DON. Cómo me gustan a mi los libros de amor.
ENC. No hay ningún libro de amor.
DON. ¿Pero qué dice usted señorita?
ENC. Que no hay ninguno. No. Los que los escriben o no han querido nunca o no saben contarlo... Pero mira que me meto yo en unas conversaciones contigo!... Vete. ¿Qué hora es ya?
DON. Son las seis. ¡Lo que tarda el señor! ¿Va usted a esperarle?
ENC. No.
DON. ¿Es que no está en Madrid?
ENC. No lo sé; pero puede que aquí no vuelva.
DON. Pues mire usted señorita; la verdad; me alegro.
ENC. ¿Qué dices mujer?
DON. ¡Qué me alegro, vaya! Andar por el mundo con un viejo así, con las proporciones que tiene usted que tener! ¡En cuanto que usted quiera pues que va usted a tropezarse con un millonario en cada esquina!
ENC. ¡Cállate! ¡Ah! y prepárame el equipaje para mañana.
DON. ¿Se va usted de Madrid?
ENC. Me voy.
DON. ¿Pero volverá usted pronto?
ENC. No lo sé. Y no me preguntes más que estoy muy nerviosa. Y vete. *(Suena un timbre dentro.)*
DON. Han llamado. Y decía usted que el señor no iba a volver. Pues ya está ahí.
ENC. *(Muy sobresaltada.)* No abras la puerta.
DON. ¿Tiene usted miedo, señorita?
ENC. No. Eso no. *(Suena el timbre otra vez. Encarna nerviosísima no sabe qué determinar.)* ¿Y si fuera?... ¿Y si?...

Anda. Ve. Abre. *(La doncella se va. Un momento después se oye rumor de voces. Luego entra el Mingo. Viene nerviosísimo, sin ninguna serenidad y un poco «mareado».)*

MIN. ¡ Encarna !

ENC. ¡ Tú ! ¡ Aquí tú ! ¡ En mi casa tú !

MIN. Eso. Déjame estar contigo. Cierra la puerta bien. Que no entre nadie.

ENC. ¡ No ! ¡ Vete ! ¡ Me das miedo ! ¿Por qué me miras de ese modo? ¿Y de dónde vienes así?

MIN. Vengo... No sé de dónde vengo... ¡ De allá ! ¡ De comprarte !

ENC. ¿Qué dices?

MIN. Digo eso... Que ya soy otro hombre ; que ya soy lo que tú querías que fuese. En un momento, con solo una mirada, marcaste mi destino. ¡ Ya soy como tú !

ENC. ¿Qué dices? ¿Qué dices, Mingo?

MIN. ¡ Que ya somos iguales ! ¡ Tú y yo, iguales ! ¡ Que ya estoy fuera de la ley. ¡ Como tú !

ENC. ¡ Mingo !

MIN. ¡ Iguales ! Porque tú has matado a un hombre.

ENC. ¡ No ! ¡ Yo no !

MIN. ¡ Tú ! ¡ Has matado a tu amo ! ¡ Tú ! Le has hecho morir como un perro, arrastrándose y calladamente y sin auxilio.

ENC. ¡ Calla !

MIN. ¡ Has sido tú ! Porque a ti todos te perdieron, y te has hecho justicia. Eso está bien. *(Encarna llora en silencio).* ¡ Ay, que no puedo más ! ¡ Ay, que no sé ni lo que digo, ni lo que me pasa, ni lo que hice ! ¡ Y es que yo no soy yo ! ¡ Y por mi boca habla tu boca y tus ojos y mi destino y mi fatalidad !

ENC. ¡ Vete ! ¡ Vete, que me das miedo ! ¡ Vete, que estás borracho !

MIN. ¡ Borracho de tu aroma y de tus miradas ! ¡ Y con hambre de comerte a besos y de sentirte temblar junto a mí !

ENC. ¡ Cállate !

MIN. ¡ No ! ¡ No puedo callar ! ¡ Ahora soy yo quien manda, porque vengo a comprarte ! ¡ Sí ! ¡ A comprarte ! ¡ A ver, dime cuánto tengo que pagar por tus besos, por tus caricias, por tu cara? ¡ Dímelo ! ¡ Háblame ! ¡ Responde ! ¿Cuánto? ¡ Ya soy rico ! ¡ Ya soy rico ! ¡ Ya tengo dinero ! ¡ Ya soy como tú !

ENC. ¡ Mingo !

MIN. Oyeme... Escucha... Tú me dijiste : «Un hombre no pide nada ; a la mujer se la tiene que ganar». ¿Te acuerdas? ¡ Pues eso ! ¡ Ya te he comprado ! ¡ Te he comprado con mi vida, Encarna !

ENC. ¡Tú! ¿Pero por mí?... *(Con un gran grito de júbilo).*

MIN. ¡Yo! ¡Y por ti! ¡Lo he hecho por ti!

ENC. ¡Mingo! *(Lo acaricia).*

MIN. Por ti, Encarna. Y no me pesa, no. ¡Ni me arrepiento, no! ¡Si cien veces fuera preciso hacerlo por ti, cien veces lo volvería a hacer!

ENC. Y dime, Mingo, dime, ¿pero qué es lo que has hecho? *(Se sienta junto a él).*

MIN. Yo nunca he sido malo... Yo nunca hice daño a nadie, no... Esta noche... Tampoco he hecho nada mal esta noche... No... Pero tenía los bolsillos vacíos, y he rodado por la sala de juego como la bola de la ruleta y con un pensamiento fijo clavado aquí: aquel punto que ha hecho saltar la banca. Era un hombre que tenía en su mano o en su bolsillo el poder de que tú fueras mía. Bebían los unos; bebían los otros y yo pensaba en ti. ¡Siempre! ¡Siempre! ¡Y tú junto a mí y tan lejos! Y yo no tenía más que extender el brazo para hacer mía a la felicidad. Y no sé lo que he hecho. Estaban borrachos todos. ¡Todos! Y dinero y dinero y dinero... Y me he cegado porque no sentía en mi cabeza más que el eco constante de tus palabras. Y al despertar me encuentro aquí. ¡Toma! ¡Todo eso es tuyo! ¡Tuyo! *(Saca puñados de billetes de sus bolsillos y los tira a los pies de Encarna).*

ENC. ¡Me das miedo! ¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Y cómo vas a vivir ahora? ¿No te asusta que sospechen de ti? ¡Sospecharán de ti, Mingo!

MIN. No sospecharán, porque haré la vida de siempre. Pero contigo, aquí... Diré que soy... ¡Si no me importa que me lo llamen!

ENC. Mi chulo, ¿verdad? ¡Cobarde! O mi capricho, ¿no? ¡Eres un cobarde!

MIN ¡Encarna!

ENC. ¡Un cobarde! ¡Tienes miedo de todo! ¡Ladrón! Que no eres más que eso, ¡un ladrón! Y te horroriza que te cojan y que te castiguen. Y vienes aquí a esconderte.

MIN. ¡No!

ENC. ¡Un ladrón! ¡Lo has hecho todo de un modo cobarde! ¡Fuera de mi casa!

MIN. ¡No! *(Se oye la voz lejana de un vendedor de periódicos que horroriza a el Mingo).*

VOZ. «¡Imparcial!» «¡Liberal!» «¡A B C!» «¡La Libertad!»

ENC. ¿Qué tienes, Mingo?

MIN. ¡Nada! ¡Nada!

ENC. Ya es de día. Apaga la luz.

MIN. ¡No! ¡Que no amanezca nunca! ¡Que sea siempre noche! ¡Que no venga el sol!

VOZ. «¡ Libertad !» «¡ Imparcial !» Con el crimen de anoche en el cabaret...

ENC. ¿Has sido tú?

MIN. *(Muy rápidamente. El Mingo se arrastra a los pies de Encarna. Llora).* Sí...

ENC. ¡ Tú ! ¡ Pobre ! ¡ Me querías ! ¡ Y has matado por mí ! ¡ Ven ! ¡ Siempre juntos ! ¡ Juntos ! ¡ Juntos ! ¡ Descansa en mis brazos, hombre mío ! ¡ No temas nada ! Hay un hombre que me quiere de veras, Señor ! ¡ Bésame ! ¡ Bésame ! ¡ Bésame ! *(Le abraza. Le besa. En el silencio óyese otra vez la voz lejana del vendedor de periódicos. Cae el telón).*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Una casa de mal vivir en los barrios bajos. Al fondo la puerta de entrada que abre sobre la calle. Un banco adosado a la pared rodea la habitación. Es de noche. En el centro una bombilla de luz amarillenta.

(La Encarna duerme tumbada y encogida sobre el banco. La Rosario hace solitarios en una mesa. La Paula está de conversación con el Mingo. La sorda apoyada en el quicio de la puerta y de espaldas al público. La calle está obscurísima. Se oye el rasgueo de una guitarra.)

PAU. ¿No la ves? Pues así se pasa la vida. ¡Estoy negra! Como que a veces por no ponerse de pie para irse a tumbar donde es debido pierde de hacer negocio.

ROS. Pero vamos que por eso no se arruinará. Porque es que nadie la dice: «Buenos ojos tienes».

PAU. De todas maneras, mujer, hay cosas que no se hacen. Como que la tengo por lástima, la verdad.

ROS. Antes no era así de dormilona.

MIN. Costumbres del presidio. También dormirías tú si fueses una temporadita por allá.

ROS ¡Que Dios nos libre, porra!

PAU. ¡Mia tú ésta! Después de todo, mejor se está en el presidio que en el hospital.

ROS Tú también has estado en el hospital, ¿no?

MIN. He estado con ella. Con ella como siempre. ¡Y es que vivimos encadenaos! Cumplimos, y a ella la cortaron la cara y a mí la policía me hizo cisco los riñones de un palizón. Y nos curaba el mismo médico.

PAU. Sí que ha sido desgraciada la pobre.

MIN. Pero ha andao mucho mundo. Como yo...

PAU. Tanto andar mundo, y ahora no tié ni un rincón donde caerse muerta.

MIN ¿Y pa qué? Si nada vale nada. La suerte de cada uno y na más. Usted misma, cuando nos conocimos, menudo negocio que tenía usted en la calle de San Marcos, y vaya entrar duros a espuertas. Y tú lo sabes tan bien como yo, que allí nos conocimos. ¿Y en qué ha parao to aquello? Pues en esta cochambre. Y tú aquí también.

PAU. Es què yo, si no hubiera sido por mi chaval, que es una ruina...

MIN. Pues por eso lo mejor es hacer lo que hicimos nosotros : correr mundo. Vivir.

PAU. Y pasar fatigas.

MIN. Pero hemos vivido. Las cosas que vieron estos ojos, que se han de comer los gusanos.

SORDA. *(Desde la puerta).* ¿Me llamabais?

PAU. No.

SORDA. ¿Eh?

PAU. ¡Que no!

MIN Es que es más sorda que una tapia.

ROS. Y tolili.

MIN. ¿Y de qué está así?

PAU. ¿Es que no lo sabes?

MIN. Yo no.

PAU. Pues de una paliza. Una noche se fué con un hombre que había hecho no sé qué cosa. Creo que era anarquista. Conque a la mañana siguiente que la trincaron, que la metieron en la comi y que se empeñaron en que les dijera donde se había metido aquel carabao. ¡Mia tú la pobre chica cómo lo iba a saber! ¡Y que la dejaron sorda a guantazos!

MIN. ¡Ni en Rusia!

ROS. Todo el mundo es Rusia. Como que yo si no soy sorda también no habrá sido por falta de que me calienten, que bien que me han endiñao.

MIN. ¿Y qué ha sido de la Lolita, tú?

ROS. Creo que la diñó.

MIN. ¿Es que no estás segura?

ROS. Como segura... Cayó un día mala, ¿sabes? ¡Y a ver qué vida!, que se la llevaron al General. Conque fuí a verla y chico, es que ni Dios me daba razón de la pobre. Cédula no tuvo nunca ; de apellido yo no sabía como se llamaba. Y me vi negra para preguntar. Hasta que me dijo una monja : «Mire usted, joven, Lolitas como esa que usted dice han muerto tres en esta semana». Con que ahuequé. Pero eso sí ; por si acaso le he llevado una vela a San Antonio porque la chica era muy devota suya. Y no la he visto más. ¡Ahora

que pa mí que la Lola está más muerta que mi agüelo!

MIN. Pues ya ha descansao, la pobre...

PAU. ¿Y tú de qué vives ahora?

MIN ¿Yo?...

PAU. ¡Tú, hombre! Como te veo metido aquí todo el santo día. Y como que ella no pue hacer na por ti...

MIN. ¡Usted dirá!...

PAU. Pues por eso...

MIN. Pues vivo, de lo que vive en Madrid mucha gente. De milagro. Un día voy a la puerta del cuartel a hincharme. Otras veces, los amigos que le ayudan a uno. Y hago negocios... Ahora he estado un mes en la Ciudad Lineal haciendo de negro.

ROS. ¿De negro?

MIN. De negro. En ese «Pim Pam Pum» que le echan a uno al agua. ¡Los señoritos se ríen la mar! Y también he sido hombre-anuncio. Y vendo tabaco de contrabando. Y he trabajao muchas veces de esquirol.

ROS. ¿De esquirol?

MIN. Sí. ¡En cuanto hay una huelga, ya está! Y no lo hago por ganarme esto ni lo otro. ¡Lo hago a ver si me matan de una vez!

PAU. ¡Jesús!

ROS. ¿Y qué iba a ser de la Encarna sin ti?

MIN. ¡Pobre!

PAU. ¡A ti te quiere mucho!

MIN. Pero es muy rara. Dios y yo sabemos que por ella lo he hecho todo, todo lo que he hecho. Ella... Ella hasta ha ido a presidio cuando yo, porque para no dejarme ir sólo dijo que era mi cómplice. Pero por dinero se condenaría y por dinero es capaz de la Biblia.

SORDA. *(Desde la puerta).* ¿Me llamabais?

PAU. ¡No!

SORDA. Pa mi que los hombres que pasan son más sordos que yo. ¡Es que ni uno vuelve la cabeza!... *(Continúa en la puerta).* ¡Pss!... ¡Pss!...

ROS. Tie razón la chica... Pa que la hagan caso a una va a haber que llamarlos a tiros...

SORDA. ¿Pero es que entoavía no es hora de dormir?

PAU. ¡No!

SORDA. ¡Mi madre, y lo que dura esta centinela!

PAU. ¡Peor que tú estarán los de Melilla!

SORDA. ¿Eh?

PAU. ¡Nada, mujer!

MIN. Yo me voy a los Mataderos. A lo mejor han traído tabaco los del tren y puede uno hacer negocio.

PAU. Si ves a mi chico, dile que ya me alargaré luego por allí, a que se arranque con un medio chico.

ROS. Y a ver si te salen bien las cuentas y nos convidas. Que el domingo torea Chicuelo.

MIN. A ver... *(El Mingo se va. La Encarna habla medio dormida).*

ENC. ¡No! ¡No! ¡Anda, ladrón! ¡Ladrón! ¡Sí! ¡No me peguen ustedes! ¡Perdónenme ustedes!

PAU. *(Queriendo despertarla).* ¡Encarna! ¡Encarna!

ENC. *(Sin moverse rezonga).* ¿Qué queréis? ¡Dejarme dormir!

PAU. Si es que estabas chillando.

ENC. Que sueña una.

PAU. Menudo sueño debía ser. ¿Quién te daba pa el pelo, Encarna?

ENC. Los de siempre... En el presidio... *(Se incorpora).* Me he quedao helá. ¡Vaya temblaera! Dame un poco de aguardiente, mujer.

PAU. Va a sentarte como un tiro; pero toma, bebe.

ENC. Gracias. ¿Y él?

PAU. Se ha marchao a los Mataderos.

ENC. ¿Ha caído pieza?

PAU. No sé yo. Ha dicho que iba a ver si había llegao tabaco. *(Se oye la bocina de un auto).*

ROS. ¡Vaya auto! ¿Oyes?

SORDA. ¡Mia tú a la hora que vienen estos señoritos juerguistas!

ENC. Serán de esos que entran aquí a vernos como si fuéramos bichos raros de la Casa de Fieras. *(En la puerta de la calle aparecen Paloma, el Marquesito y el Poeta. El Marquesito ha cambiado mucho).*

MAR. No entres tú, Paloma.

PAL. Sí. Quiero entrar. Esto tiene mucho carácter.

POE. Adentro. El padre Verlaine cantó a estas mujeres. *(Entran todos).*

MAR. ¡Qué miseria!

POE. ¡Pintoresquísimo! ¡Bestial! ¡Estupendo! Esto tiene mucho carácter, como dice Paloma.

PAL. Si es delicioso.

ROS. *(A la Paula).* ¿Ese no es el Marquesito?

PAU. Sí. Pero viene con gente postinosa. Tú como si no le conocieras, que ha subido mucho. Ahora es concejal y hasta creo que tiene hijos.

MAR Vámonos de aquí. Esto es infecto.

POE. ¡Oh! Pero muy interesante.

PAL. Es igual que todo el mundo. Y estas mujeres iguales a todas las mujeres. Solo ha habido una distinta de las demás: Mi Claudina.

MAR. ¡Paloma!

PAL. ¿Aún tienes celos de ella?

MAR. Yo no.

PAL Es que sería idiota. Si tú y yo no somos ni amigos, ni

enemigos, ni nada. Iguales el uno al otro y nada más. Tú te has casado; yo... pues como si me casase por temporaditas. ¿Que nos encontramos una noche como esta noche? Pues muy bien. A divertirse un poco y a otra cosa. Y porque me pareció divertido, te he preguntado por la Españolita. ¿De veras que no la has vuelto a ver?

MAR. No la he vuelto a ver.

PAL Ni yo. ¿Dónde estará? Era una chica extraña. ¡La pobre!...

MAR. ¿Supongo que no tomaremos nada aquí?

PAL. No. Pero ellas que tomen lo que quieran. ¡Casa!

PAU. Usted dirá.

PAL. De usted a las chicas lo que se las antoje. Yo pago. *(Le da un billete).*

PAU. Se estima. Esto es un hombre. *(Por el Marquesito).*

POE. *(Por la Encarna).* Fíjese usted, Paloma, cómo nos mira aquélla. Tiene ojos de misterio.

PAL. *(A la Encarna).* ¿No toma nada usted? *(La Paula ha sacado tres copas y una botella. Encarna se aproxima y bebe).*

ENC. ¡Gracias!

PAL. Ecúcheme usted y perdone... ¿Usted ha estado en París?

ENC. ¿Yo?

PAL. Usted.

ENC. *(Reconoce a Paloma pero no quiere dárselo a entender).* No me acuerdo. He perdido la memoria. Me parece que no he salido de esta casa nunca.

PAL. Pues yo juraría que la conozco a usted.

ENC Será que hayamos vivido aquí las dos.

PAL. ¡Quién sabe!... Yo también he perdido la memoria. *(La Encarna vuelve al banco. Paloma habla aparte al Marquesito).* ¡Es ella! ¡Es la Españolita! ¡Pobre! *(A la Encarna).* No se vaya usted... Pues sí... Quién sabe si hemos sido amigas en otro tiempo... Pero ahora me parece que a mí me va mejor que a usted... ¿Quiere usted aceptar un recuerdo mío?

ENC. ¿Un recuerdo?

PAL. Tenga usted. Mi bolso.

MAR. ¿Pero qué haces?

ENC. ¡Su bolso! ¡Guárdese usted su bolso! Yo no tomo dinero más que de los hombres.

PAL. ¿Qué te parece? Vámonos, Marquesito. ¡Bah! ¡Es una piltrafa!

MAR. ¡Vámonos!

PAL. ¡Andando, Poeta! Aquí tiene usted un asunto estupendo. ¡Buenas noches! *(Se van los tres. Paula, asombradísima, increpa a la Encarna).*

PAU. ¡Pero qué has hecho! ¿Es que estás loca?

ROS. ¡Mira la guarra esta!
SOR. ¡Pero mujer!...
PAU. ¡Majareta perdia que estás!
ENC. ¡Callarse! ¡Quiero dormir!
PAU. ¡Que te figuras tú eso! ¡Pero que no! ¡Que no, ea! ¡Que esas cosas no se hacen aquí! ¡Que la pastizara es lo primerito! ¡Hale! ¡Hale! ¡Y ve a buscar la pisada del lagarto! ¡Arza, so perra! ¡Que eres una perdición! ¡Anda ya! *(Entra el Mingo).*
MIN. ¿Qué pasa?
PAU. La bandera.
ROS. A ver así se quita éste la gorra.
MIN ¿Es que salen de la casa los del auto?
PAU. Natural.
ROS. ¡Anda ve y cuidala que tie la cabeza a las once! ¡Amos! Mia tú que haberla querío dar dinero, pero dinero en gordo, y ponerse tonta y no tomarlo... que te digo que estás como una cabra. ¡Enciérrala, chico!
MIN. ¡Pues ha hecho bien!
PAU. ¿Pero qué dices tú, pasmao?
MIN Digo que ha hecho bien.
PAU. ¡Hombre! Pues ya sé yo por qué os queréis tanto. ¡Porque estáis igual de mochales! Tú, Sorda, cierra y a dormir. *(Recoge la botella y las copas).* ¡Pero que me ha hecho un pie agua la joven dementa! ¡Como si cayese todos los días un negocio así! Y esto se ha acabao. Mañana o ahuecáis los dos o cierro el establecimiento. ¡Hale, niñas! Tú, Mingo, si te quedas, apaga la luz; que luego fisgan los polis por el agujero de la cerradura y se creen que hay juerga y me baldan a mí. A mí, ¿sabes? A mi que soy quien paga. *(La Sorda ha cerrado la puerta. Se van las tres. Pausa. Sigue oyéndose la guitarra. La Encarna se incorpora).*
MIN. Descuide usted. Encarna...
ENC. ¿Qué?
MIN. ¿Has visto quiénes eran?
ENC. Sí. Se conoce que se han conchabao pa venir a chotearse de nosotros. ¡Y es él quien tiene la culpa de todo lo mío! ¡Ay mi cara!
MIN Y fué ella la que dió el soplo a la poli... Y ahora es rica y es nombrada y lo tiene todo. ¡Que esto no pue ser! ¡Arrea, tú! Que tenemos que cambiar de vida. ¿Que sacamos de ser como somos? ¡Tú dirás! ¿Qué hemos hecho desde que salimos a la calle? ¡Nada! Tú venderte por una basura. Yo dar saltos de quincena en quincena. ¡Hay que tener dinero, Encarna! Hay que tener dinero sea como sea y pase lo que pase. ¿Que hay que hacer lo que haya que hacer? ¡Pues a hacerlo!
ENC. ¡Mingo!
MIN. ¡A hacerlo te digo! Y yo sé qué es lo que hay que ha-

cer... Como que el presidio espabila un rato... Oye... Hace ya días que los veo juntos... ¡ El Marquesito vive con sus padres, porque hay que ver lo cabal que ahora es el hombre ! Ella... Ella vive sola en un hotelito allá por la Ciudad Lineal.

ENC. ¡ Mingo !

MIN. ¡ Cállate ! Ni Dios se entera... Si tú quieres ahora mismo vamos y...

ENC. ¿ Qué dices? *(Se oye un trueno lejano).*

MIN. ¡ Y salimos de naja !

ENC. ¿ Oyes? Truena...

MIN. Tú no tengas miedo...

ENC. Llueve...

MIN. ¡ Sólo en alhajas tiene qué sé yo !

ENC. Pero es que...

MIN. Y después de todo, ¿ qué más fatigas podemos pasar que las que pasamos ahora? ¿ Que no cogen? Pues otra vez a presidio. ¡ Como antes ! ¿ Que nos sale bien? Pues a rodar por el mundo. ¡ Como antes ! ¡ Vamos ! ¡ Vamos, Encarna !

ENC. ¡ Sí, Mingo ! ¡ Vamos !

MIN. Apaga la luz... Abre la puerta... ¡ Cuando amanezca el día ya seremos libres ! ¡ Vamos ! ¡ Nos empuja nuestro sino, Encarna ! *(Salen muy juntos. Cierran la puerta. Sigue oyéndose la guitarra, sentimental. Llueve. Se hace la obscuridad. Mutación).*

CUADRO SEGUNDO

Tabletea otro trueno. Todo está obscurísimo. A poco, una luz muy débil ilumina la escena. A su reflejo se ve la fachada del hotel de Paloma.

(La Encarna está en pie bajo una ventana en la que hay luz. El Mingo está dentro).

ENC. ¡Mingo! ¡Mingo! ¡Aprisa! *(Llueve. Relampaguea. ahulla un perro. Pausa. Cierran la ventana. Encarna, inquieta, cambia de lugar. Luego la ventana se abre y aparece en ella el Mingo).*

MIN. ¡Encarna! *(Cae un paquete a los pies de la Encarna. Dentro del hotel se oyen gritos de «¡ladrones!»)*

ENC. ¡Huye! ¡Corre! ¡Mingo! ¡Que vienen! *(Un relámpago. Un trueno. Encarna huye. Gritos de auxilio. Mingo salta de la ventana. Se hace el obscuro. Dos disparos. Mutación).*

CUADRO TERCERO

La misma decoración del cuadro segundo del primer acto.

El Comisario y la Encarna.

ENC. Y esta es la historia de mi vida hasta ahora mismo. Usted me ha hecho hablar, señor Comisario, para que denuncie al autor del crimen de esta noche. Yo no había tenido hasta ahora valor para recordar toda mi vida. Y acabo de contársela a usted. ¿He hecho mal? ¿He hecho bien? ¡Quién sabe! ¡Pero siento un bienestar tan grande, tan grande!... Como nunca lo había sentido.

COM. ¡Pobre mujer!

ENC. En la galera me enseñaron a desconfiar de todo el mundo; a no decir nunca la verdad a la justicia; a declarar sin comprometerse una. ¿Por qué he hablado hoy de otro modo? Pues no lo sé. Pero me parece que he descargado mi conciencia de un peso que la estorbaba para volar fuera de este mundo. Es como si me hubiese confesado para morir. Porque la muerte será conmigo buena y me matará de un golpe, sin dejarme que haga al mundo tanto daño como el mundo me ha hecho a mí.

COM. ¡Sí que ha sufrido mucho, pobre mujer!

ENC. ¡Pero yo también he hecho sufrir lo mío!

COM. ¿Y eso te alegra?

ENC. No. Estoy arrepentida. ¡Si yo pudiese descansar! ¡Lejos de todas las cosas y de todo el mundo y sin más compañía que mis recuerdos y mis remordimientos y mis lágrimas!

COM. Y la de él.

ENC. ¿La de él? ¡Qué sé yo! ¡Me ha hecho tanto daño su cariño! ¡Y me ha hecho tanto bien! Es el único hombre que me ha querido sólo por mí. ¿Qué será de él ahora y qué será de mí misma? ¡Le he perdido yo! ¡Le he perdido yo! ¡Pobre! ¡También esta vez ha matado por mí! ¡Ah! ¡Si pudiera escaparse! ¡Si pudiera irse lejos! ¡Lejos!

COM. ¿Qué harías tú?

ENC. Irle a buscar. ¡Y compartirlo todo con él! ¡Y cumplir otra condena como la suya!

COM. Es difícil que se escape... Acaso ya esté preso...

ENC. ¿Pero no lo sabe usted?

COM. No.

ENC. No me engañe usted más, señor comisario. ¡No me deje usted una esperanza si es que no hay esperanza!

COM. Te aseguro que no sé si lo han cogido. ¡Quién sabe si se pudo escapar!

ENC. ¡No! ¡Sin mí, no! ¡Pobre de él! ¡Pobre de él!

COM. Tú sabes dónde está ese hombre.

ENC. ¡No! ¡No! ¡Yo no diré ni una palabra más! ¡Maldita sea mi lengua! ¡Maldito sea usted, que me ha hecho cantar! Prenda usted a mí sola. ¡Yo soy la culpable! ¡El no! ¡No le cojan ustedes a él que es inocente! ¡A mí! ¡Que me castiguen a mí! ¡A mí sola!

COM. A ti no. Tú estás en libertad. Vete...

ENC. ¿Pero y él? ¿Y él?

COM. No te olvides de que soy un policía; no soy un confesor.

ENC. ¿Qué quiere usted decir? No le entiendo a usted, señor comisario.

COM. Quiero decir, que si privadamente me compadezco de ti y cierro los ojos para no ver, por mi cargo debo deteneros a los dos.

ENC. ¿Qué?

COM. Y sin embargo te digo: ¡Vete! ¿Entiendes ahora?

ENC. ¡Oh! ¡Gracias! ¡Gracias! Yo le encontraré. Y huiremos...

COM. Calla! Vete, te digo! Yo no quiero saberlo. Yo no puedo saberlo.

ENC. Huiremos, sí señor. No tema usted que le comprometamos, no señor. No nos verá nadie. Gracias, señor, gracias!

COM. Vete mujer! Vete ya!

ENC. Buenas noches! *(La Encarna se va. El comisario cambia de aspecto y rápidamente se dirige al teléfono. Llama.)*

COM. Oiga... Pronto... Vigilen ustedes a la mujer que ahora sale de aquí... Bien... Eso... Que la sigan dos agentes... Sí... También iré yo... Aprisa... Hay que detener a un individuo que irá a buscar ella... no sé dónde... Es preciso que no se escapen ninguno de los dos... Sale ya?... Que la sigan... Que la sigan... Allá voy yo... *(Se hace la obscuridad. Se oye un piano de manubrio. Mutación.)*

CUADRO CUARTO

Una taberna sórdida, y siniestra de los Mataderos. Es al anochecer. Sigue tocando el manubrio.

(Un carretero baila con la Amalia y un chulo con la Luisa. El tabernero vigila a sus parroquianos desde el mostrador. La Paula y su hijo beben. A poco de comenzar la acción cesa de tocar el piano y se sientan todos los personajes.)

CHULO. *(A Luisa.)* Un chatito, mujer.
CARRET. *(Que está borracho.)* Viva Pablo Iglesias!
PIAN. A ver si se calla ese!
CARRET. He dicho que viva Pablo Iglesias! Y viva Madrid! Y viva San Isidro Labrador!
PAULA. Anda y que te maten.
CHULO. Tira pa la carretera con el volquete, y arrea con las mulas, que aquí hay que saber alternar, pelanas!
CARRET. Yo alterno, te enteras?
AMALIA. Págate algo, chico.
CARRET. Alterno. Y pago todos los medios chicos que haiga que pagar.
AMALIA. Amos! A mí medios chicos no. A mí una ensaladita de lechuga con escabeche.
CARRET. Eres tú castiza? Pues si eres tú castiza, vente por el mundo conmigo con el carro, negra!
AMALIA. Me iba a dar el mareo.
LUISA. Castizo tú, que vas a pagarte unas de cazalla pa la reunión.
CARRET. Si aquí no se marea con el cazalla, ya está ¡A ver, cazalla! Y que viva Madrid! Y que viva lo negro! *(Va a abrazar a Luisa que le rechaza...)*
LUISA. Anda d'ahí!
PIAN. Tira carrero que has cargao.
CHULO. A ver unas tajaditas de bacalao y un frasco.
LUISA. Y pan y cebolla para con este. Toma tu lo que quieras chico.
PIAN. ¡Gracias! Alárgueme usted un quince con limón! *(El tabernero sirve.)*
EL HIJO. No sople usted más, madre. A ver si luego andan los chicos a cantazos con usted, que es una vergüenza!
AMALIA. Usted no le haga caso! Y sacúdase usted lo que se le ponga en el moño, que cuando una tiene a su hombre en Cartagena, hay derecho, ¿digo yo?

EL HIJO. En Cartagena. Pero está aquí su hijo, sabes? Y tu no tienes que mentarla nada, te enteras?

AMALIA. Allá desazones!

TABER. ¿Quies dejarte de beber, que tie razón tu chico que le sobra?

PAULA. Dame el de la suerte, que ya salgo de arrea porque se hace de noche y no ve una mas allá de sus narices. Y digo yo: ¿Por qué no te has establecido más cerca tú? Aquí en los Mataderos no hay urbanización. Dame el de la suerte. Venga mi medio chico.

TABER. Se han acabado los medios chicos.

AMALIA. No tenga usted mal corazón, Maestro.

TABER. Pero es que no ves cómo está tu madre? ¡No la dejes chico!

HIJO. ¡Cómo que va a hacerme caso un día de estos! ¡Que se ha acabao, madre! *(Se bebe la copa que han servido a su madre...)*

PAULA. Tu a lo tuyo y déjame a mí. ¡Que te parece! Pa esto le sirven a una los hijos. ¡Pa disgustos!

HIJO. ¿Pero no ve usted que el vino la caé que es una compasión?

PAULA. Pues que me den cazalla.

HIJO. Ya está usted apañá.

PAULA. Y si no bebo, ¿cómo voy a dormir? ¿Y si no duermo, como voy a vivir? Y sabes tu lo que es no pegar un ojo en toda la noche de Dios. Y pa esto eche usted hijos al mundo. Pa esto y pa lo otro... Tu hermanita que ya está colocada. Tu que dentro de na, a servir al Rey. Yo... amos, di que me den un medio chico y no seas verdugo.

TABER. ¡Que no hay más medios chicos! Y anda ya pa tu casa. ¡Arrea! *(La empuja. Su hijo se interpone.)*

HIJO. ¡A ver como toca usted a mi madre!

TABER. ¡Amos! ¡Pa tener una madre así, mejor te valía ser inclusero, chaval!

HIJO. ¡Está usted enterao! Yo por lo menos puedo compadecerla; si fuera de la Inclusa pue que la odiara.

TABBER. Todo eso es con música. ¡Hala! ¡Hala!

HIJO. Tire usted pa alante que aquí el tasquero me va a calentar y...

PAULA. ¡No! ¡Tu no! ¡Largo!

HIJO. La dejaré a usted en casa; que uno tie que ganarse la vida...

CARRET. ¡He dicho que viva San Isidro, Labrador!

TABER. Te quies tu callar una miajita. *(Sale la Encarna. Viene angustiadísima. Habla al tabernero.)*

ENC. ¿Ha venido el Mingo?

TABER. Desde ayer que no le he echado encima la visual.

ENC. ¡Es que estoy negra! ¿Tie usted eso bien guardao?

TABER. Ni te ocupes. ¿Es que pasa algo?

ENC. Pue que sí que pase. Se me ha metido en la cabeza que lo buscan.

TABER. A lo mejor. ¿Pero qué ha hecho?

ENC. No lo sé. Yo no sé nada. No quiero saber nada.

TABER. ¿Pero es que tu tampoco le has visto?

ENC. Sí; verle sí. ¡Pero mia tu que si no le veo más!

TABER. Pa mí que ese ha hecho alguna de las de no te menees...

ENC. ¡Claro! Y me da miedo. ¡Y el no tiene la culpa, porque me quiere... ¡Me quiere! ¡Y maldito sea este cariño! A trompicones toda la vida para caer ahora así y no poderse levantar ya nunca.

TABER. No seas boba tu y arrea pa ca la Paula que ahora se acaba de marchar a trompicones también.

ENC. No. No quiero. Yo lo que quiero es verle. Y arrear juntos pa donde sea. Pero que se me ha puesto aquí que ya le he perdio. Le he perdío. Y esto se ha acabao.

TABER. No seas pasmá y tira pa ca la Paula. Que si él viene ya le diré donde le esperas. Vete tu, que también a mí se me ha metido en las narices que la poli anda detrás de vosotros, y a lo mejor ahí en la carretera, tié puesto el cepo.

ENC. A lo mejor. Pues claro que podía ser... Pero es que el Comisario, que parece muy buen hombre, me dijo que me fuera tranquila. Y no me va a engañar. Porque era como pa cegarse. Me he confesao con él, como me confesaba de chica en el Hospicio con aquel cura viejo... *(Como hundida en el recuerdo.)*

TABER. ¿Que te has confesao?

ENC. Me he confesao. Y se lo dije todo. Y le conté mi vida entera. Y ahora me da miedo.

CARRET. ¡Pero que tenéis que gritar como yo! ¿que aquí está tóo pagao, eh? ¡A la una! ¡Viva Madrid!

TODOS. ¡Viva!

CARRET. Tú, pianista, a darle coba a la manivela: Yo «necesito» música.

AMALIA. ¡Y un jergón! *(Toca el pianista.)*

CHULO. ¡Vaya! Y que no es chulo ni na, aquí el tocante. *(Se oyen dos tiros en la calle.)*

TODOS. ¡Ay! *(Una gran inquietud. El pianista deja de tocar.)*

TABER. ¡Quietos! ¡Aquí no se mueve ni mi madre!

ENC. ¡Es él! *(Entra el Mingo. Viene herido en un brazo.)* ¡Mingo!

MIN. ¡Maldita sea su sangre! ¡Me han seguido! ¡Esconderme! Me querían echar mano he salido de naja. *(Entra el Comisario y dos agentes de policía.)*

COM. ¡No te muevas! ¡Tu, mujer, déjale!

ENC. ¡Usted!

COM. ¡Atenle ustedes! *(A los agentes.)*

ENC. ¡Me ha seguido usted! ¡Me ha engañado usted! ¡Me ha hecho usted cantar para esto! ¡Mátale, Mingo! *(El*

Mingo se dispone a agredir al Comisario con una faca. Pero el Comisario saca su pistola y encarona al Mingo. La Encarna al verlo, se abraza al Mingo para defenderle. Pero el Mingo ya ha iniciado el «viaje» e inevitablemente clava en ella la faca. Encarna da un grito y cae.)

TODOS. ¡ Ay ! *(Rodean a Encarna que agoniza. El Comisario sigue encaronando al Mingo mientras los agentes le atan.)*

ENC. ¡ Tu ! ¡ Has sido tu ! ¿Me querías mucho Mingo? ¡ Dame un beso ! ¡ Para tí, Mingo el último beso de mi boca ! ¡ Y mi vida ! ¡ Toma mi vida ! *(Se incorpora. El Mingo, atado ya, la besa en los labios. Muere la pobre Encarna.)*

MIN. ¡ Encarna ! ¡ Encarna ! ¡ Encarna !

CAE EL TELON